

LIBRO III.

I. Los Atenienses sitian la ciudad de Mitilene, que quería rebelarse contra ellos.—Los de Mitilene piden auxilio á los Peloponenses.—Los Atenienses son derrotados en Norica.—II. Discurso de los Mitilenos en la junta de los confederados de Grecia.—III. Grandes aprestos de guerra y hechos que aquel año realizaron ambas partes.—IV. Los Atenienses sitiados en Platea, y algunos ciudadanos de esta población, se salvan por su arrojo é ingenio pasando por los muros, fosos y fuertes de los sitiadores Peloponenses.—V. No socorridos á tiempo los Mitilenos por los Peloponenses, se entregan á merced de los Atenienses, que los mandan matar.—VI. Discurso y proposición de Cleon en el Senado de Atenas para aconsejar el castigo contra los Mitilenos.—VII. Discurso de Diodoto, de contrario parecer al de Cleon.—VIII. De cómo Mitilene estuvo en peligro de ser destruída completamente, y del castigo que recibió por su rebelión.—Los de Platea se entregan á merced de los Lacedemonios.—Hechos de guerra habidos aquel año.—IX. Discurso y defensa de los de Platea ante los jueces de Lacedemonia.—X. Discurso de los Tebanos contra los de Platea, y muerte de éstos.—XI. Victoria naval que los Peloponenses alcanzan contra los Atenienses y Corcirenses por las discordias que los últimos tenían entre sí.—XII. Parcialidades y bandos que aparecen en Corcira y en las demás ciudades griegas por causa de la guerra y de los daños que ocasionaba.—XIII. Los Atenienses envían su armada á Sicilia.—Sucesos que les ocurrieron al fin de aquel verano, en el invierno y al empezar el verano siguiente, en Sicilia y Grecia.—Fundan los Lacedemonios la ciudad de Heraclea.—XIV. Demóstenes, capitán de los Atenienses, parte de Leucadia con su armada para combatir á los Etolios, y es vencido.—Varios hechos de la guerra de los Atenienses en Sicilia.—XV. Euriloco, capitán de los Peloponenses, no puede tomar la ciudad de Naupacto, y por consejo de los Ambraciotes emprende la guerra contra los Anfiloquios y los Acarnanes.—Los Atenienses purifican y dedican la isla de Delos.—XVI. Euriloco y los Ambraciotes son derrotados por Demóstenes y los Acarnanes y Anfiloquios dos veces en tres días.—Deslealtad de los Peloponenses con los Ambraciotes.

I.

Los Atenenses sitian la ciudad de Mitilene, que quería rebelarse contra ellos.—Los de Mitilene piden auxilio á los Peloponenses.—Los Atenenses son derrotados en Norica.

Al principio del estío (1), cuando las mieses ya granadas están en sazón de ser segadas, los Peloponenses entraron de nuevo en tierra de Atica llevando por su capitán á Arquidamo, rey de los Lacedemonios, talándola y arrasándola. Había algunas escaramuzas, según costumbre, entre la caballería ateniense y los soldados de á pie de los enemigos, armados á la ligera, que recorrían la comarca, porque los de á caballo salían contra ellos para defender los lugares cercanos á la ciudad. Estuvieron los Peloponenses en Atica mientras les duraron los víveres, y después volvieron á su ciudad.

Al invadir los Peloponenses el Atica, los moradores de la isla de Lesbos, excepto los de Metimna, se rebelaron contra los Atenenses, uniéndose á aquéllos, cosa que habían querido hacer antes que la guerra empezara, pero los Lacedemonios no aceptaron entonces su alianza. Esta vez se declararon más pronto de lo que tenían determinado, porque cuando lo hicieron estaban muy ocupados en fortificar los puertos y rehacer sus muros, y en hacer barcos. También esperaban ballesteros, vituallas y otras provisiones por las que habían enviado al Ponto.

Los Tenedios, que eran enemigos de los Metimnos, y algunos particulares de la ciudad de Mitilene, que por las parcialidades que había en la ciudad se habían he-

(1) Cuarto año de la guerra del Peloponeso; primero de la 48 Olimpiada, 428 años antes de la Era vulgar. Después del 28 de Julio.

cho ciudadanos de Atenas, avisaron á los Atenienses que los vecinos de Mitilene obligaban á todos los moradores de la isla de Lesbos á reunirse dentro de la ciudad con intento de rebelarse contra los Atenienses, y que hacian todos los aprestos de guerra necesarios para este efecto, persuadidos por los Lacedemonios y por los Beocios sus progenitores; de suerte, que si los Atenienses no acudían pronto al remedio, perderían toda la isla de Lesbos.

Considerando los de Atenas que les sería muy difícil, después de tan gran epidemia como habían tenido, y estando los enemigos en su tierra, aparejar nueva armada y emprender otra guerra contra los de Lesbos, que tenían sus fuerzas intactas y gran número de naves, no quisieron al principio creer lo que decían, porque no deseaban que fuera verdad, y reprendían á los que comunicaban estas nuevas diciendo que no era nada y que hacían mal en culpar á los Mitilenos. Mas después que los mensajeros que enviaron para saber la verdad les dijeron que los de Mitilene, á pesar de su exigencia, no habían querido hacer volver á los moradores de la isla que obligaron á ir á la ciudad, ni suspender los aprestos de guerra, temiendo que se rebelasen de veras, quisieron prevenirlos enviando hacia aquella parte cuarenta naves que tenían dispuestas para marchar al Peloponeso, mandadas por Clepides, hijo de Linio, y otros dos capitanes, porque les advirtieron que muy pronto sería la fiesta de Apolo, que se celebraba en Maloente, fuera de la ciudad, á la cual todos los ciudadanos, ó la mayor parte, venían todos los años, y que si se daban prisa á ir sobre ellos, podrían coger á todos de repente, y si no se conseguía, yendo sobre ellos con armada, les podrían mandar que diesen todas las naves que tenían, y derribasen sus murallas, y si lo rehusasen, con razón les declararían la guerra antes que se pudiesen fortificar ni proveer de las cosas necesarias para su defensa.

Por esta causa enviaron los Atenienses aquellas cuarenta naves, retuvieron las diez galeras que los Mitile-

nos les habían enviado en socorro por razón de la alianza que había entre ellos, y metieron en prisión á todos los hombres que venían en ellas. Había en Atenas un varón natural de Mitilene que, al saber este hecho, partió apresuradamente por mar, arribó en Eubea, y de allí fué por tierra hasta Gereston, donde halló un barco de mercaderes que iba á hacerse á la vela para ir á Mitilene. Embarcóse en él, y con el viento que tuvo llegó en tres días al puerto de Mitilene, y en seguida avisó á los Mitilenos de que iba contra ellos la armada de los Atenienses.

Los Mitilenos, al saberlo, no salieron el día de la fiesta á Maloenta, sino que á toda prisa repararon los muros de la ciudad y fortificaron su puerto lo mejor que pudieron.

Pocos días después apertó allí la armada de los Atenienses, los cuales, viendo los aprestos de guerra que hacían los ciudadanos, les declararon el encargo que traían de mandarles que diesen sus naves y derribasen sus muros. Al ver que rehusaban cumplirlo, se preparan á acometerlos. Mas como los de la ciudad se vieron en aprieto, aunque al comienzo salieron un poco delante al puerto haciendo muestra de querer pelear, cuando vieron la armada de los Atenienses derechamente contra ellos, se retiraron y determinaron parlamentar con los capitanes Atenienses, diciéndoles que se avenían á entregarles todas sus naves con tal de que hiciesen con ellos algún buen concierto para en adelante. De buen grado lo otorgaron los Atenienses, temiendo no contar con bastante armada para conquistar toda la isla de Lesbos; y con esto hicieron treguas por algunos días, enviando su embajada á los Atenienses con algunos de sus ciudadanos, entre los cuales fué el que había descubierto á los Atenienses que los Mitilenos se les querían rebelar (aunque ya éste había mudado de parecer), por ver si podían excusar aquel hecho y quitarles la mala sospecha que habían concebido los Atenienses, para que mandasen volver la armada, que tenían sobre Mitilene sin hacer.

daño. Por otra parte, los mismos Mitilenos enviaron otros mensajeros en un galeón á los Lacedemonios, ocultándolo á los Atenenses, que tenían sitiado el puerto con su armada, que estaba á la parte septentrional, hacia Malea. Hicieron esto los Mitilios porque no tenían esperanza de que los que enviaron á Atenas pudiesen conseguir su demanda de los Atenenses. Los mensajeros enviados á Lacedemonia trabajaron tanto con los Lacedemonios, que consiguieron enviar socorro á los Mitilios. Entretanto llegaron los que habían enviado á Atenas, y al decir á los suyos que no pudieron alcanzar nada de los Atenenses, toda la ciudad de Mitilene y todos los de la isla se pusieron en armas y se aprestaron para la guerra, excepto los de Metimna, que seguían el partido de los Atenenses, y los Imbrios y Lamnios, y algunos otros de las islas cercanas, sus aliados y confederados.

Aunque los de la ciudad hicieron una entrada en el real de los Atenenses, y llevaron lo mejor en la pelea, no osaron esperar en el campo ni salir más adelante, sino que continuaron encerrados en la ciudad, esperando algún socorro de los Lacedemonios ó de otra parte.

Poco tiempo después arribaron allí el lacedemonio Meleas y el tebano Hermionida, los cuales no traían socorro, porque fueron enviados á los Mitilios antes que se rebelasen: no llegando antes que la armada de los Atenenses, se metieron en un bergantín, después de la pelea que arriba contamos, arribaron á la ciudad, y les aconsejaron que enviaran sus embajadores con ellos, en otra galera, á los Lacedemonios, lo cual hicieron.

Pasado esto, como los Atenenses vieron que los Mitilios no osaban salir, cobraron ánimo, y llamaron á sus aliados y confederados para que les ayudasen, los cuales acudieron de buena gana, por la idea de que sin mucho trabajo podrían conquistar á los Lesbios, que tenían pocas fuerzas. Cercaron á la ciudad por dos partes, fortificaron su campo con baluartes y pusieron sus guardas de naves á la entrada de los dos puertos, de manera que

los de la ciudad no se podían salir por mar; pero por la parte de tierra lo mandaban todo, porque los Atenien- ses no ocupaban sino muy poco trecho en torno de su campo, á causa de que en Malea hacían su mercado y tenían la estancia de sus navios.

En tal estado estaban las cosas de los Mitilenos.

En este mismo verano los Atenienenses enviaron treinta naves para guerrear alrededor del Peloponeso, manda- das por Asopio, hijo de Formión, á petición de los Acar- nanes, que demandaron para aquella empresa á alguno de los hijos ó parientes de Formión. Al llegar Asopio con su armada al Peloponeso, robó y taló muchos luga- res de la costa de Lacedemonia, y después se retiró á Naupacto con doce de sus naves, enviando las otras á su tierra. Hizo enseguida armarse á todos los Acar- nanes; con ellos fué á hacer la guerra á los Eniades, remontando con sus barcos el río Aquelao, mientras los Acarnanes, por tierra, robaban y destruían todos los lugares. Mas viendo que no podía acabar su empresa por tierra, despidió el ejército de infantería, y él por mar, con sus doce naves, tomó derrota hacia Lëucadia, saltando á tierra en el puerto de Norica, en donde al querer volver á sus barcos, fué muerto él y una parte de los suyos por los del pueblo de Norica con la ayuda de algunos soldados extranjeros que tenían, aunque pocos. Los que quedaron vivos de los Atenienenses, cuando res- cataron sus muertos de los Noricos para darles sepultura, volvieron á su tierra.

Entretanto, á los embajadores que los Mitilenos en- viaron en la galera á los Lacedemonios, ordenaron éstos que acudieran á la junta de todos los Griegos que pronto se verificaría en Olimpia, para que siendo allí oídos en presencia de todos los confederados y aliados, se deter- minase por común parecer lo que debía de hacerse en tal caso. Halláronse, pues, en las fiestas de Olimpia cuan- do Dorico el rodio ganó el premio y la honra de ellas, y acabadas las fiestas y los juegos, estando reunidos todos los aliados y confederados para consultar sobre los ne-

gocios en común, fueron llamados los embajadores de los Mitilenos, que, entrando en el Senado, pronunciaron este discurso.

II.

Discurso de los Mitilenos en la junta de los confederados de Grecia.

«Varones Lacedemonios, y vosotros, aliados y confederados: Bien sabemos que es costumbre, admitida entre los Griegos como justa y legítima, que los que en tiempo de guerra se rebelan contra los aliados y se pasan á los contrarios, los que los reciben les tratan bien tanto tiempo cuanto piensan que los rebelados les pueden ser útiles y provechosos; pero considerando después la traición que han hecho á sus primeros amigos, los tienen por ruines, y creen que serán peores en adelante. Sería esto razonable si las cosas fuesen iguales de parte de los que se rebelan como de aquellos de quien se apartan. Porque si son iguales en las fuerzas y aprestos de guerra, como lo son en consejo y amistad, no hay ocasión ninguna justa en que se deban rebelar y apartar unos de otros. Pero esto no sucede entre nosotros y los Atenienses, según os mostraremos para no parecer malos si nos apartamos en tiempo de guerra de aquellos que nos honraron en el de paz.

Pues venimos á pedir vuestra amistad, bien será, ante todas cosas, justificar nuestra causa y hablar de la justicia y de la virtud, porque ni puede haber amistad firme entre los particulares, ni unión perdurable entre las ciudades si no hay un crédito verdadero de virtud y bondad de una parte á la otra, y una comunicación y conformidad de voluntades y costumbres; que si son discordes las voluntades y pareceres, también serán diferentes las obras.

Sabed, pues, que nuestra amistad y alianza con los Atenienses data desde que vosotros os apartasteis de la guerra contra los Medos y ellos prosiguieron la empresa. Entonces nos confederamos con ellos, no para poner á los Griegos bajo la sujeción de los Atenienses, sino para librarles de la servidumbre de los Medos. Mientras nos tuvieron por iguales, siempre los seguimos con entera voluntad; pero al ver que, terminada la guerra contra los Medos, procuraban someter á sus amigos y confederados á servidumbre, no pudimos dejar de recelarnos. Y porque no era posible á los otros aliados y confederados unirse para defenderse de los Atenienses, por la diversidad de votos y pareceres que suele haber entre muchos, todos quedaron sujetos á servidumbre, excepto nosotros y los de Chío.

Usando siempre de nuestro derecho y libertad, les ayudamos en la guerra como amigos y confederados, empero nunca tuvimos á los Atenienses por verdaderos caudillos y capitanes, tomando ejemplo de lo pasado; pues no era verosímil que habiendo sujetado á los otros, que también eran sus amigos y confederados, dejaran de hacer lo mismo con nosotros cuando viesen oportunidad para ello: que si todos disfrutáramos de nuestra libertad, como antes, podríamos tener confianza en que no querían innovar cosa alguna; pero habiendo ya sujetado todos los más, de creer es que sufrirán de mala gana que queramos tratarles de igual á igual, y que obedeciéndoles todos los demás, nosotros solos nos queramos igualar á ellos, mayormente ahora que cuanto más poderosos llegan á ser, venimos nosotros á ser menos fuertes por estar solos y desamparados.

No hay cosa que tanto haga fiel y firme la amistad y confederación como el temor que tiene uno de los aliados al otro si hace cosa que no debe, porque el que quiere traspasar los términos de la amistad y alianza se refrena y abstiene cuando ve que sus fuerzas solas no son bastante: y si considera que el otro es tan poderoso como él, teme acometer el primero. Si ellos nos han dejado hasta

aquí gozar de nuestra libertad, ha sido porque pensaban tener más firme y estable su señorío, so color de que usaban más de razón y de buen consejo que de fuerza y violencia manifiesta, y á fin de que si hiciesen la guerra contra algunos, justificarla diciendo que, de no ser justa, ni nosotros ni los otros, que aun disfrutaban de su libertad, les ayudaríamos.

De esta suerte han aumentado su poder muchas veces en perjuicio de los débiles, sujetando poco á poco á muchos, unos en pos de otros, para que los que quedasen no tuvieran medios de defensa; que de empezar contra nosotros teniendo los otros sus fuerzas enteras, no lo pudieran hacer tan sin peligro, y también porque temían nuestra armada y sospechaban que, si las juntábamos y nos uníamos á vosotros ó con otros, les podríamos hacer daño.

Así nos hemos librado de ellos hasta ahora, procurando siempre ganar la gracia del pueblo de Atenas y de los que le gobernaban, con halagos y cumplimientos y por buenos medios. Esto no pudiera durar mucho si no se hubiera comenzado esta guerra, según se advierte por el ejemplo de los otros, pues ¿qué amistad puede haber, ó qué confianza verdadera, donde los unos tienen por sospechosos á los otros y procuran agradarse contra su parecer: es decir, que ellos nos agradan en tiempo de guerra por temor á ofendernos, y nosotros hacemos lo mismo con ellos en tiempo de paz por igual razón, y lo que hace firme y estable la amistad entre otros, que es el amor, lo hace el temor entre nosotros? De manera que si hemos perseverado en la confederación y amistad de los Atenienses, ha sido antes por temor que por amor, y sería nuestro primer aliado quien antes nos facilitara medios de romperla sin peligro. Por tanto, si á alguno le parece que hemos hecho mal al prevenir sus actos rebelándonos contra ellos, y que debiéramos esperar á que declararan primero la mala voluntad que pensábamos nos tenían, atento que no la habían aún mostrado, este tal no acierta, porque esto no sucediera si nosotros fuéramos

tan poderosos para tramarles asechanzas, y esperar la nuestra, como ellos lo son, y en tal caso no habría peligro, siendo iguales. Mas viendo que ellos tienen poder y medios de emprender lo que desean y acometernos cuando quisieren, justo es que nos anticipemos á rebelarnos al ver oportunidad de defendernos.

Ya sabéis, varones Lacedemonios, y vosotros los confederados, las causas por que nos hemos apartado de los Atenenses, las cuales parecerán claras y razonables á todos que las quieran entender, y muy bastantes para justificar nuestra intención y demanda, porque con razón les tememos y con razón venimos á pedirnos socorro, como teníamos determinado hacerlo antes que se comenzase la guerra, y para ello entonces os enviamos nuestros embajadores á pedir vuestra amistad y alianza y tratar de rebelarnos y apartarnos de los Atenenses. Entonces impedisteis vosotros que lo lleváramos á efecto.

Ahora que somos llamados por los Beocios á ello, acudimos sin dilación, pensando que nos hemos rebelado por dos razones bastantes: la primera, porque siguiendo el partido de los Atenenses, y perseverando en ello, no parezca que damos favor y ayuda para oprimir y maltratar la Grecia, sino que, con vosotros, la ayudamos á defenderse; y la otra, por conservar nuestra libertad, para no perderla en adelante como los otros.

Declarada nuestra intención, es necesario que con la mayor diligencia nos socorráis, mostrando por obra en este punto que queréis defender y amparar á los que estáis obligados, y por consiguiente, dañar á vuestros enemigos por todas las maneras posibles, pues al presente tenéis mayor y mejor oportunidad que nunca, porque los Atenenses están desprovistos de gente por la epidemia, faltos de dinero por la guerra, y sus naves esparcidas, unas en vuestra costa del Peloponeso, y otras en la nuestra para hacernos la guerra, de suerte que no es verosímil puedan tener abundancia de barcos si vosotros en este verano los acometéis por mar y tierra; antes es de creer, ó que seréis más poderosos que ellos

por mar, ó á lo menos que ellos no serán bastantes para poder resistir á vuestras fuerzas juntas con las nuestras.

Y si alguno piensa que no debéis poner en peligro vuestra propia tierra para defender la nuestra, que es ajena y está lejos de la vuestra, yo os digo de verdad que el que juzga la isla de Lesbos lejos y apartada, conocerá por los efectos que el provecho que puede recibir de ella está muy cercano; que la guerra no se ha de hacer en tierra de Atenas, como piensan, sino en aquellos lugares de donde los Atenienses sacan su dinero y llevan sus provechos; pues sus rentas las tienen de los aliados y confederados, las cuales podrían ser mayores si nos hubiesen sujetado también á su dominio; que en tal caso ninguno de los otros aliados osaría rebelarse, y nosotros también seríamos suyos, y tan mal tratados como lo son los otros que ya tienen sujetos. Si vosotros nos dais ayuda, pronto tomaréis en vuestra compañía una ciudad como la nuestra que tiene abundancia de barcos, de que vosotros estáis muy necesitados, y podréis destruir á los Atenienses, quitándoles sus aliados. para que siguiéndonos, é imitando nuestro ejemplo, se atrevan á rebelarse. Por esta vía disiparéis la mala opinión que las gentes han concebido de vosotros de no querer recibir en amistad ni ayudar á aquellos que se os ofrecen por aliados y compañeros de guerra, y si os mostráis favorables á ayudarles y librarles, tendréis más firmes vuestras fuerzas para la guerra.

Tened, pues, vergüenza de faltar á lo que los Griegos esperan de vosotros, y de no reverenciar al dios Apolo, en cuyo templo, al presente, estamos suplicando y pidiéndolo por merced. Amparad y defended á los Mitilenos, tomándolos por amigos y compañeros, y no nos dejéis en manos de los Atenienses, nuestros enemigos, con gran daño y peligro de nuestras personas, pues de nuestra buena suerte depende el provecho común de toda Grecia, y de nuestros males el daño evidente de todos. Mostraos al presente tales como los Griegos os estiman,

según nuestra necesidad al presente lo requiere y demanda.»

Cuando los Mitilenos acabaron su razonamiento, los Lacedonios y los otros aliados y confederados celebraron consejo sobre ello, y determinaron recibirlos por amigos y compañeros, y asimismo entrar de nuevo aquel año en tierra de Atenas. Para ello mandaron á todos los otros aliados que se apercibiesen y estuvieran á punto lo más pronto que pudiesen, y proveyesen las dos partes de la armada.

III.

Grandes aprestos de guerra y hechos que aquel año realizaron ambas partes.

Conforme á la resolución tomada en la junta de Olimpia, los Lacedemonios mandaron preparar su gente de guerra junto al Estrecho del Peloponeso, para embarcarla, reunirla en Corinto, enviarla á la costa del mar de Atenas y acometer á los Atenienses por mar y por tierra. En estos preparativos emplearon gran diligencia, pero sus compañeros y aliados fueron muy negligentes, así por estar ocupados en coger sus frutos, como porque ya les cansaba la guerra.

Cuando los Atenienses supieron los aprestos de los Peloponenses y que, por las muestras, parecía que tenían en poco el poder de Atenas, armaron cien naves, para dar á entender que podían más de lo que los enemigos pensaban, y que, sin mandar venir la otra armada que tenían en Lesbos, contaban con barcos y poder bastante para resistir á los del Peloponeso, si los acometían. En las cien naves metieron todos los moradores de la ciudad, naturales y extranjeros, excepto los caballeros y

personas principales que tenían cargos (1), y alzaron velas, navegando hacia la costa del Peloponeso, pasando por el Estrecho, á fin de que los enemigos los viesen, y saltando á tierra donde querían.

Cuando los Lacedemonios que estaban en el Estrecho vieron el número de barcos de los Atenienses, mucho mayor que ellos pensaban, sospecharon mal de los Mitilenos, creyendo que les habían mentido en lo que les dijeron, y parecióles que acometían una empresa muy ardua y difícil, con mayor motivo viendo que los aliados no venían. Sabiendo además que la armada de los Atenienses que andaba por la costa del Peloponeso robaba las tierras y lugares marítimos, volvieron á sus casas.

Poco tiempo después prepararon barcos para enviarlos á Lesbos, y ordenaron á los confederados que preparasen hasta el número de cuarenta naves para este viaje, nombrando por capitán á Alcidas. De otra parte, las cien naves de los Atenienses, cuando entendieron que los Lacedemonios se habían retirado, también regresaron. Fué esta armada de los Atenienses la mejor y más hermosa que habían tenido, aunque al comienzo de la guerra poseían otras tantas naves, y aun más, porque tenían ciento para guarda de la mar de Atica y de Eubea y Salamina, y otras tantas que corrían la costa del Peloponeso, sin las que estaban en Potidea y en otras partes, que serían todas hasta doscientas cincuenta, las cuales tuvieron en el mar un verano, gastando gran cantidad en el coste de aquella armada y de la que hicieron en Potidea, pues los que sitiaban esta ciudad desde el principio de la guerra, que serían unos tres mil,

(1) Solon distribuyó el pueblo de Atenas en cuatro clases. Formaban la primera los ciudadanos que cogían 500 medidas de trigo ó aceite; la segunda, los que cogían 300, y llamábanse caballeros, porque podían mantener un caballo; la tercera era la de los zeugites, que sólo cogían 200, y en la cuarta, que era la más numerosa, figuraban los que vivían del trabajo. Estos no desempeñaban cargos, pero tenían voz en las asambleas de los tribunales.

otros tres mil que les auxiliaban y los seiscientos soldados que fueron bajo el mando de Formion, tenían dos dracmas de sueldo cada día (1), una para su mantenimiento y otra para el de su mozo, y otras tantas tenían todos los que iban embarcados. A tanta costa tuvieron tan grande armada.

En este mismo tiempo, cuando los Lacedemonios estaban en el Estrecho, los Mitilenos, con algunos soldados de sus aliados, hicieron guerra á los de la ciudad de Metimna, pensando tomarla por traición, por los tratos que tenían con algunos de la ciudad; pero después de hacer cuanto podían, viéndose engañados y que la cosa no sucedía como pensaban, volvieron á Antisa, á Pira y á Eresa, cuyas ciudades fortalecieron lo mejor que pudieron, reparando los muros y haciendo otras obras. Y con esto regresaron á Mitilene.

Después de su partida, los de Metimna fueron con todo su poder contra la ciudad de Antisa, procurando tomarla por fuerza; mas fueron rechazados por los de la ciudad y por algunos soldados extranjeros que tenían en ella, con gran pérdida de los suyos, retirándose con mucha vergüenza.

Sabido esto por los Atenenses, y que los Mitilenos tenían la isla de Lesbos á su voluntad, sin que aquellos que estaban sobre el cerco se lo pudiesen estorbar, enviaron al principio del otoño (2) á Paques, hijo de Epicuro, con mil hombres de su pueblo, los cuales, después de embarcados, sirvieron de marineros y remadores hasta que saltaron en tierra en Mitilene. Al arribar cercaron la ciudad con un muro sencillo, y en muchas partes hicieron torres y bastiones, de manera que estuviese sitiada por mar y tierra y puesta en mucho aprieto.

Acercábase el invierno, y porque el gasto era muy grande y les faltaba dinero para sostener el cerco, impusieron un nuevo tributo, hasta la suma de doscientos ta-

(1) Una peseta y ochenta céntimos próximamente.

(2) Después del 29 de Septiembre.

lentos (1), y enviaron por comisarios para cobrarlo de los confederados y aliados, á Lisicles con otros cuatro compañeros y con doce navíos; el cual Lisicles, habiendo cobrado de algunas ciudades marítimas gran suma, cuando atravesaba la tierra de Caria por los campos de Meandro, á la salida de Meunte, cerca ya del monte de Sandia, fué acometido por los de Caria y por los Anetos, y muerto con muchos de los suyos.

IV.

Los Atenienses sitiados en Platea y algunos ciudadanos de esta población se salvan por su arrojo é ingenio, pasando por los muros, fosos y fuertes de los sitiadores Peloponenses.

En este mismo invierno (2) los de Platea continuaban cercados y puestos en mucho aprieto por los Peloponenses y por los Beocios, y no tenían esperanza de ser socorridos por los Atenienses, ni salvarse por otra vía; al faltarles los víveres, acordaron con los Atenienses que estaban de guarnición en la ciudad, salvarse todos juntos, y asaltar los muros que habían hecho los enemigos si lo podían hacer por fuerza. De este consejo fueron autores los Atenienses, y principalmente Teeneto, hijo de Timidas, que se preciaba de adivino, y Eupolpidas, hijo de Daimaco. Mas porque la empresa les parecía muy difícil y de gran peligro, se apartaron del propósito más de la mitad, quedando sólo unos doscientos veinte, que la pusieron por obra de esta manera.

Hicieron dos escalas de la altura del muro, midiéndola

(1) Un millón y ochenta mil pesetas.

(2) Cuarto año de la guerra del Peloponeso; primero de la 88 Olimpiada, 428 años antes de la Era vulgar.

por la juntura de los ladrillos, de que estaba hecho, lo cual pudieron hacer muy bien, contando muchas veces las hiladas por la parte del muro que estaba descubierta hacia ellos, y porque un hombre solo pudiera errar en esta cuenta, fueron muchos en hacerla diversas veces. Era el muro doble, uno por la parte de la ciudad para impedir la salida, y otro por la del campo, para que no entrase el socorro de los Atenienses, apartados uno del otro por un espacio de diez y seis pies; y en este espacio estaban las estancias y alojamientos de los que los guardaban, separadas unas de otras, aunque tan espesas y cercanas, que los dos muros parecían ser uno solo, y ambos tenían sus almenas. De diez en diez almenas había una gran torre, que llegaba de un muro al otro, de suerte que no podían atravesar el muro sino por medio de las torres; y dentro de éstas se recogían los guardas que velaban de noche cuando llovía ó hacía mal tiempo, porque estaban cubiertas y no lejos de las almenas.

Sabiendo los de la ciudad la manera de guardarlas, espiáronlos una noche que llovía y hacía gran viento y no había luna, y llevando por caudillos á los mismos que fueron inventores de este hecho, pasaron primeramente el foso, que estaba de su parte, y llegaron al pie del muro sin ser sentidos por los enemigos, porque la obscuridad de la noche los guardaba de ser vistos, y el ruido del viento y de la lluvia, de ser oídos; de esta manera iban marchando adelante, apartados uno de otro para que las armas no sonasen al chocar, y todos armados á la ligera y calzado sólo el pie izquierdo para no resbalar en el barro. Arrimadas las escalas á las almenas, entre las torres, por la parte donde advirtieron que no había nadie, los que llevaban las escalas subieron los primeros, y después otros doce armados solamente de corazas y una daga en la mano. De los cuales doce, el primero y principal fué Ameas, hijo de Corebo. Seis de los doce que iban tras él subieron hasta encima de las dos torres, entre las cuales estaban las almenas, frente adonde tenían puestas las escalas. Tras estos doce subieron otros

armados como los de arriba, y además de estas armas, llevaban sus dardos y azagayas atados á las espaldas para que no les estorbasen subir. Algunos otros llevaban los escudos para darlos á sus compañeros cuando viniesen á las manos con los enemigos. Cuando habían subido ya muchos, las centinelas que velaban dentro de las torres, los sintieron, porque uno de los Plateenses á la subida derribó una teja de la almena, y por el golpe que dió los guardas despertaron y dieron voces, y los del campo se alborotaron, de manera que todos acudieron al muro sin saber lo que ocurría por causa de la noche y del mal tiempo.

Por otra parte, los que habían quedado en Platea salieron y acometieron á los enemigos, que guardaban el muro, por un camino desviado de aquel por donde habían salido los primeros, á fin de engañarles; de suerte que todos los Peloponenses, turbados, no sabiendo lo que podía ser, no se movían, y los que guardaban las torres no osaban salir, dudosos de lo que harían. Los trescientos que tenían á su cargo socorrer las guardias, encendieron hogueras hacia la parte de Tebas para anunciar la llegada de los enemigos; pero al verlo los Plateenses que habían quedado dentro, encendieron también muchas hogueras que tenían dispuestas encima de los muros, para que los enemigos no pudiesen entender por qué se hacían aquellos fuegos, y también para que por esta vía sus compañeros se pudiesen salvar antes que llegase socorro á las guardias. Entretanto, los primeros que subieron á los muros ganaron las dos torres y mataron á todos los que hallaron dentro y las guardaban, á fin de que ningún enemigo pudiese llegar allí. Después hicieron subir á los otros, y con venablos y piedras lanzaron del muro por abajo y por arriba á los que iban á socorrer las guardias. Con esto los que no habían aun subido tuvieron espacio para poner más escalas, y los que habían ganado las torres derrocaron las almenas por dentro, para que sus compañeros pudiesen mejor subir. Cuando todos estuvieron sobre el muro, tiraban piedras

y otros tiros á los enemigos que acudían á socorrer á los suyos. Todos los que habían de pelear pudieron subir, aunque los postreros con más trabajo. Después descendieron por una de las torres, y llegaron al foso de fuera, donde hallaron enfrente á los trescientos hombres de los contrarios, que tenían encargo de socorrer las guardias, y que eran los que habían hecho las hogueras, los cuales podían ser bien vistos, aunque ellos no veían á los contrarios que se acercaban. Por esta causa, los que estaban dentro los rechazaron, hirieron á muchos de ellos y pasaron adelante todo el foso, aunque con dificultad grande, porque el agua estaba medio helada; de manera que había grandes pedazos de hielo, y no los podía el agua sostener á causa del viento solano del Mediodía que la había deshelado, y también porque llovía, y con la lluvia había crecido el agua tanto, que les llegaba á la cintura. Pasado el foso, se cerraron todos, y juntos siguieron por el camino que va hacia Tebas, dejando á mano derecha el templo de Juno que hizo Androcates. Escogieron esta vía por creer que los Peloponenses no pensarían que habían tomado el camino que iba hacia sus enemigos, y también porque veían que los Peloponenses habían encendido grandes fuegos en el camino que iba para Atenas. Pero después que caminaron seis ó siete estadios hacia Tebas, dejaron aquel camino y tomaron el que va á la montaña y á Eritrea y á Nisa, y por esta montaña fueron hasta Atenas, contándose entre todos doscientos doce, porque los otros, viendo la dificultad de la hazaña que emprendían, se habían retirado dentro de la ciudad de Platea, excepto uno que fué muerto dentro del foso. Los Peloponenses, pasado este ruido, se retiraron á sus alojamientos, en el campo; y los de la ciudad no sabían si sus compañeros se habían salvado ó no, porque los que se volvieron habían dicho que todos eran muertos. Al ser de día enviaron sus farautes á los enemigos para que les diesen los cuerpos, mas al saber que se habían salvado, quedaron tranquilos. De esta manera, parte de los que estaban cercados en Platea pa-

saron todos los fuertes y defensas de los enemigos, y se salvaron.

V.

No socorridos á tiempo los Mitilenos por los Peloponenses, se entregan á merced de los Atenienses, que los mandan matar.

Al fin de aquel invierno (1), los Lacedemonios enviaron á Saletó en una nave á Mitilene. Saltó en tierra en el puerto de Pirra, fué á pie hasta cerca del campo, entró secretamente en la ciudad de noche, por un arroyo que pasaba á través del fuerte de los enemigos, del cual iba avisado, y dijo á los gobernadores y á las personas más principales que iba para noticiarles que los Lacedemonios y sus confederados habían determinado entrar en breve en tierra de Atenas, y enviarles cuarenta barcos de socorro, y para proveer entretanto, juntamente con ellos lo que fuese necesario en la ciudad. Oído por los Mitilenos este mensaje, desistieron de hacer ningunos conciertos con los Atenienses, y en esto se pasó el cuarto año de esta guerra.

Al principio del verano siguiente (2), los Peloponenses, después de enviar á Alcidas, su general de la mar, con cuarenta barcos á socorrer á los Mitilenos, ellos y sus confederados entraron de nuevo en tierra de Atica, á fin de que los Atenienses, viendo sus acometidas y que los apretaban por dos partes, tuviesen menos medios de enviar ayuda por mar al cerco de Mitelene.

De aquel ejército era caudillo Cleómenes en nombre y como tutor de Pausanias, hijo de Fistonacte, su her-

(1) Después del 23 de Febrero.

(2) Quinto año de la guerra del Peloponeso; primero de la 88 Olimpiada, 428 antes de la Era vulgar. Después del 25 de Marzo.

mano menor de edad, el que á la sazón era rey de los Lacedemonios. Y en esta entrada gastaron y destruyeron los frutos que habían crecido en las tierras que talaron los años anteriores. Además asolaron todos los lugares, donde nunca habían tocado. Fué aquella entrada más dañosa á los Atenenses que ninguna otra de las pasadas, excepto la segunda, porque los enemigos, esperando cada día nuevas de que su armada hubiese hecho gran daño en la isla de Lesbos, donde suponían habría llegado, talaban y robaban todo cuanto veían delante. Mas cuando entendieron que su empresa de Lesbos no tuvo el resultado que esperaban, careciendo también de víveres, volvió cada cual á su tierra.

En este tiempo los Mitilenos, viendo que el socorro de los Peloponenses no llegaba, y que les faltaban las provisiones, tuvieron que hacer conciertos con los Atenenses. Motivados principalmente por el mismo Saeto, que, no esperando ya socorro de los suyos, mandó tomar las armas á los de la ciudad, que hasta entonces no las habían tomado, con intención de hacerles salir contra los Atenenses, y cuando las tomaron no quisieron obedecer á los gobernadores ni á las justicias, antes hacían juntas y corrillos á menudo, y acudían á los gobernadores y hombres ricos de la ciudad, diciendo que querían que todo el trigo y los víveres fuesen comunes y se repartiesen por cabezas, y, si no hacían esto, entregarían la ciudad á los Atenenses. Viendo así las cosas los gobernadores y principales de la ciudad, y temiéndose que el pueblo hiciese tratos con los Atenenses sin contar con ellos, como podía muy bien suceder, porque eran los más y los más fuertes, hicieron todos juntamente sus conciertos con los Atenenses y con Paquetes, su caudillo, en esta forma: Que recibirían el ejército de los Atenenses dentro de su ciudad y enviarían sus embajadores á Atenas á pedir merced, entregándose á su discreción para que tomasen la satisfacción y enmienda de aquello en que los Mitilenos les hubiesen ofendido, y que entretanto, hasta que llegara la respuesta de Atenas, no fuese

licito á Paquetes matar ni encarcelar, ni tener prisionero á ningún ciudadano.

No obstante estos conciertos, aquéllos que habían sido autores de la rebelión, cuando vieron que el ejército estaba dentro de las puertas de la ciudad, se acogieron á los templos para salvarse. Pero Paquetes consiguió sacarles de allí, y los envió á la isla de Tenedo hasta recibir la respuesta de Atenas. Después envió cierto número de barcos contra la ciudad de Antisa, que se rindió, y además ordenó todas las otras cosas que le parecieron ser necesarias para el bien de su ejército.

Las cuarenta naves de los Peloponenses que iban en socorro de los Mitilenos no anduvieron muy de prisa en torno del Peloponeso, aunque al cabo arribaron á la isla de Delos, antes que los Atenienses lo supiesen, y de allí fueron á Claros y á Micón, donde supieron que la ciudad de Mitilene se había rendido á los Atenienses. No obstante esto, para informarse mejor de la verdad, llegaron hasta el puerto de Embato, que está en tierra de Eritea, donde supieron que hacía siete días que se había entregado la ciudad. Celebraron allí consejo para determinar lo que habían de hacer, en el cual Teutiaplo, barón Heliense, habló de esta manera:

«Alcidas, y los otros capitanes mis compañeros, que estáis aquí presentes, caudillos de esta armada, por los Peloponenses, mi parecer sería que fuésemos derechamente á Mitilene, antes que los Atenienses supieran nuestra venida. Porque probablemente hallaremos muchas cosas de los contrarios mal guardadas, y á mal recaudo, según suele suceder en ciudad recién tomada, mayormente si vamos por parte de mar, por donde ellos menos sospechan que han de ir los enemigos á acometerles. Nosotros somos más poderosos, y es verosímil que sus soldados estén diseminados en los alojamientos, según acostumbran cuando han alcanzado la victoria. Paréceme, pues, que si vamos de noche y los acometemos desapercibidos, con ayuda de los de la ciudad, si hay algunos afectos á nuestro partido, sin duda acaba-

remos nuestro hecho con honra. Y no debemos rehusar el peligro, pues tenemos por cierto y averiguado, que en la guerra no hay sino semejantes novedades, y si el capitán sabe guardarse y espiar, y acometer á los enemigos sobre seguro, muchas veces sale con su empresa.»

De esta manera habló Teutiaplo, mas no pudo persuadir á Alcidas. Algunos de los desterrados de Jonia, y otros de Lesbo, que había en aquella armada, significaron á Alcidas, que si temia ir á Mitiline, debía conquistar algunas de las ciudades de Jonia, ó la ciudad de Cumas en Eolia, donde podrían rebelar á los Jonios contra los Atenienses; porque, á su parecer, no irían á ningún punto donde no fuesen bien recibidos. Y que por esta vía quitarían á los Atenienses mucha de la renta que cobraban en aquellas tierras y la pagarían á ellos, teniendo con esto bastante para entretener y pagar el sueldo de toda su armada, si se detenían allí algún tiempo. También le decían que esperaban que la ciudad de Pisunte se pondría de su parte. Alcidas no aprobó este parecer tampoco, y de esa opinión fueron la mayor parte de aquellos que se hallaron en consejo, creyendo que, pues habían faltado de la empresa de Mitilene, sin esperar más debían volver al Peloponeso, y así lo hicieron.

Partiendo del puerto de Embate arribaron á la isla de Mionesa, que pertenece á los Teyos, donde Alcidas mandó matar muchos prisioneros de los que cogió en aquella navegación, por cuya causa, cuando llegó á Efeso, acudieron á él los embajadores de los Enianos, que están en la isla de Samos, y le dijeron que no era conservar la libertad de Grecia, como él decía, matar á los que, ni eran enemigos, ni habían tomado las armas contra ellos, sino aliados de los Atenienses por necesidad, y que si perseveraba en hacer esto, muy pocos de los confederados de los Atenienses pasarían al bando de los Peloponenses, antes por el contrario, muchos de aquellos que les eran amigos se convertirían en enemigos. Conven-

cido Alcidas por estas razones, soltó á muchos de los prisioneros que tenían aún en su poder naturales de Chío y de otros lugares, los cuales había cogido sin ninguna dificultad ni resistencia porque, al ver sus naves no huían, antes se paraban delante, creyendo fuesen Atenienses y no pensando que dueños éstos del mar, los barcos de los Peloponenses se atreverían á ir á Jonia.

Hecho esto, Alcidas partió apresuradamente y casi huyendo de Efeso, porque le avisaron que estando ancladas sus naves en el puerto de Claros, había sido visto y descubierto por dos que venían de Atenas, la *Salamina* y la *Paralos* (1), y sospechando les siguieran los Atenienses se internaron en alta mar con propósito de no acercarse á tierra hasta arribar al Peloponeso.

De esto avisaron á Paquetes y á los Atenienses por muchos conductos, y en especial por un espía que enviaron los de Eritea, porque no estando las ciudades de Jonia cercadas de muros, tenían gran temor que los Peloponenses, pasando á lo largo por la costa, aun sin propósito de detenerse, saltaran á tierra por robar los lugares que hallasen en el camino, y también porque la *Salamina* y la *Paralos* afirmaban que habían visto la armada de los enemigos en la isla de Claros. Paquetes hizo vela para seguir á Alcidas, y le siguió con la mayor diligencia que pudo hasta la isla de Latmos, más viendo que no podía alcanzarle se volvió, juzgando ventajoso, de no encontrarle en alta mar, no hallarle en otro punto, para no verse forzado á cercarle su campo, hacer su guardia y acometer. A la vuelta pasó por la ciudad de Noción, que es de los Colofonios, por que Itamanes y otros bárbaros, aprovechando las contiendas entre los

(1) La *Salamina* y la *Paralos* eran dos trirremes célebres, destinados, sobre todo el primero, á llevar á Atenas á los acusados de crimen, reclamados por los tribunales, y el segundo á transportar á los nombrados para ejecutar algunos actos religiosos. A veces también eran conducidos los acusados en la *Paralos*. La *Salamina* fué á Sicilia en busca de Alcibiades acusado de sacrilegio.

ciudadanos, habían ocupado la fortaleza de la ciudad, que era á manera de un Burgo ó ciudadela apartada de los muros, y después, á la sazón que los Peloponenses entraron la postrera vez en Ática, se movió gran discordia entre los nuevos moradores y los antiguos. Los que habitaban la ciudad se habían fortificado en los muros entre ésta y el Burgo, y teniendo consigo algunos soldados bárbaros que la ciudad de Pisutnes y los Arcadios les habían enviado, convinieron con los que estaban en el Burgo ó ciudadela, que eran del partido de los Medos, en ejercer todos el mando y gobierno de la ciudad, y los que no quisieron ser de su bando, salieron huyendo y pidieron á Paquetes socorro.

Al llegar éste mandó llamar á Hippias, que era capitán de los del castillo. Acudió este bajo promesa, de que si no querían hacer lo que Paquetes les mandase, le enviarían sano y salvo hasta dentro de la ciudad; pero al llegar fué detenido y mandó Paquetes marchar su gente hacia el fuerte donde estaban los Arcadios y los Bárbaros, que no sospechaban mal ninguno, tomándolo por asalto, y matando á todos. En seguida hizo llevar á Hippias hasta la ciudad, sin hacerle mal ninguno, según se lo había prometido, más cuando estuvo dentro, ordenó matarle á flechazos, y entregó la ciudad á los Colofonios, lanzando fuera á los que habían seguido el partido de los Medos. Hecho esto, los Atenienses que habían sido fundadores de aquella ciudad, reunieron á los Colofonios que pudieron hallar de los de su bando, y los enviaron á habitar en ella, conforme á sus leyes y estatutos.

Partido Paquetes de Noción volvió á Mitilene, sometió á la obediencia de los Atenienses las ciudades de Pirra y de Eresia, y halló á Seletto, capitán Lacedemonio, que se había escondido en Mitilene, enviándole preso á Atenas, juntamente con los Mitilenos que el mismo Paquetes enviara á Tenedo, y todos los que pudo entender que habían sido autores de esta rebelión. Tras esto envió la mayor parte de la armada, y con lo restante de

ella quedó allí para proveer las cosas necesarias tocante á la ciudad de Mitilene y á toda la isla de Lebos. Llegados los prisioneros que Paquetes envió á Atenas, los Atenienses mandaron matar á Saletto, que les había prometido hacer muchas cosas en su servicio, y entre otras, que los Peloponenses levantasen el cerco de Platea. Respecto de los demás prisioneros, decretaron con ira matar, no solamente á ellos, sino también á todos los Mitilenos, excepto las mujeres, y los muchachos de catorce años abajo, que debían quedar esclavos. Este decreto fué acordado así por juzgar el crimen de los Mitilenos muy atroz y sin remisión, á causa de que se habían rebelado sin maltratarles ni como súbditos, ni como vasallos. Y el mayor despecho que tenían los Atenienses era ver que las naves de los Peloponenses se atrevieran á ir en socorro de los Mitilenos y cruzar la mar de Jonia con gran peligro suyo, lo cual era señal de que la rebelión de los Mitilenos era forjada y fabricada por mano de aquellos.

Enviaron un barco para notificar á Paquetes este decreto del Senado de Atenas, y mandarle que lo ejecutase; pero al día siguiente, pensando más sobre ello, casi se arrepintieron de lo que habían acordado, considerando cruel el decreto y pareciéndoles cosa enorme y fea mandar matar á todos los de un pueblo, sin diferenciar de los otros los que habían sido autores y causa del mal. Sabido esto por los embajadores de los Mitilenos y por los Atenienses que los favorecían, acudieron con toda diligencia á los gobernadores y senadores y personas principales de la ciudad, y con grandes lloros lograron que volvieran á poner la cosa en consulta, atendiendo á que la mayor parte del pueblo de Atenas lo deseaba. Mandóse reunir el Consejo y Senado, donde hubo diferentes pareceres, entre los cuales fué uno el de Cleon, hijo de Cleunto, que había sido de opinión el día de antes que debían matar á todos los Mitilenos, hombre severo y áspero, y que tenía gran autoridad en el pueblo, el cual pronunció el siguiente discurso :

VI.

Discurso y proposición de Cleón en el Senado de Atenas, para aconsejar el castigo de los Mitilenos.

«Muchas veces he conocido que el régimen popular y gobierno del pueblo no es bastante para saber regir y mandar á otros; y ahora lo conozco más que nunca, parando mientes en este vuestro arrepentimiento y mudanza de parecer en lo que toca al hecho de los Mitilenos. Que porque vosotros tratáis de buena fe unos con otros, pensáis que los compañeros y aliados tienen esta misma condición, y no sentís que los errores que hacéis, ó persuadidos por sus razones ó por sobrada misericordia y compasión, os traen peligro manifiesto, y que con toda vuestra blandura no alcanzáis de ellos más agradecimiento. No consideráis que el imperio que ahora tenéis es verdadera tiranía, y que aquellos que os obedecen lo hacen mal de su grado, pensando en cómo os tramarán asechanzas y harán daño. No serán más obedientes porque les perdonéis las culpas, errores y delitos que han cometido contra vosotros, que vuestras fuerzas y el temor que os tienen los hacen sumisos, no la misericordia que usáis con ellos.

»Y lo peor de todo que veo en estos negocios, es que no hay constancia ni firmeza alguna en las cosas, ya una vez acordadas y determinadas, sin fijaros en que hay mejor gobierno en aquella ciudad que usa de sus leyes constantes y no revocables, aunque sean malas, que no en aquellas que, teniéndolas buenas, firmes y establecidas, no las guarda inviolablemente, y en que vale más ignorancia con gravedad y serenidad, que no ciencia con temeridad é inconstancia. Por ello, los hombres algo rudos y tardíos de ingenio y de entendimiento, en su

mayoría gobiernan mejor la república para el bien y pro común de todos, que aquellos que se juzgan por más hábiles y agudos, pues estos tales, vivos y despiertos, siempre quieren parecer más sabios que las mismas leyes, y mostrar con bellas razones que saben más que los otros, conociendo que en ningunas otras cosas podrán ostentar tanto la excelencia de su ingenio, como en aquellas que son de mucha importancia, de donde muchas veces suceden muy grandes males é inconvenientes á las ciudades. Por el contrario, aquellos que no confían tanto en su saber, ni quieren ser más sabios que la ley, conociéndose que no son muy pulidos en sus razones para responder, ni rebatir los argumentos de los elocuentes que hablan por arte de retórica, estudian más la materia para juzgar por razón y equidad y venir al punto de la cosa, que no para contender y disputar con argumentos y discursos. De donde vemos que á menudo les suceden mejor sus cosas.

»Así nos conviene ahora obrar, varones Atenienses, y no, confiados en nuestra elocuencia y agudeza, persuadir al pueblo de lo que entendemos ser contrario á la verdad y á la razón. Mi parecer en este caso es el mismo de ayer, y me maravillo mucho de aquellos que han querido volver á poner este negocio de los Mitilenos en consulta, y por este medio dejar perder y pasar el tiempo en provecho de los que os han ofendido, porque, dilatando el castigo, el que ha recibido la ofensa, afloja su ira y no se halla tan áspero para la venganza, más cuando se ejecuta la pena pronto y la injuria es reciente, toma mucho mejor el castigo. También me maravillo de que haya hombre de contraria opinión de lo que está acordado, y quiera mostrar con razones que las injurias y ofensas de los Mitilenos nos sean útiles y provechosas, y que esto que es bien de nuestra parte, redunde en mal y daño de los aliados. Porque ciertamente, quien quiera que sea el que esto defienda, evidentemente da á entender, ó que por gran confianza en su ingenio y elocuencia hará creer á los otros que no entienden las cosas

claras por sí mismas, ó que, corrompido por dádivas y dinero, procura engañarnos con elocuentes razones.

»Con estas contiendas y dilaciones, la ciudad obra en provecho de los otros y en daño y peligro de sí misma, de lo cual vosotros tenéis la culpa por haber malamente introducido estas disputas y alteraciones, acostumbrándoos á ser miradores de las palabras y oidores de las obras (1), creyendo que las cosas han de ocurrir según os persuade el que sabe mejor hablar, y teniendo por más cierto lo que oís decir que lo que veis por obra, pues os dejáis vencer por palabras artificiosas. Sois, pues, muy fáciles para dejaros engañar por nuevas razones, y muy difíciles para ejecutarlo que una vez ha sido aprobado y determinado. Sujetos á vanidades tomáis hastio de vuestras costumbres antiguas y loables, y por este medio cada cual procura y trabaja solamente por ser elocuente y saber hablar bien. Los que no alcanzan esta elocuencia quieren seguir á los que la tienen para mostrar que no entienden las cosas menos que ellos. Además, si hay quien diga alguna razón sutil y aguda, os apresuráis á elogiarle y decir que ya la habíais pensado antes que él la dijese, siendo en lo demás tardíos y perezosos para proveer en las cosas venideras de que os hablan. Buscáis cosas muy ajenas de aquellas con que podéis vivir y pasar la vida, y no entendéis las que traéis entre manos, dejándoos engañar por el deleite de lo que oís, como los que quieren más estar sentados viendo á sofistas y parleros, que oír á los que consultan las cosas concernientes al bien y pro de la República.

»Yo procuraré apartaros de este error mostrándoos claramente, que sólo la ciudad de Mitilene ha sido la que os ha hecho singular ofensa, porque si alguna, por no poder soportar vuestro mando, ó por fuerza de los ene-

(1) Quiere decir que los Atenienses acudían como á un espectáculo á oír á los oradores que trataban de los grandes intereses del Estado, y escuchaban las narraciones de los grandes hechos como cuentos interesantes.

migos, se rebela, soy de parecer que sea perdonada; pero si los que tienen una isla y una ciudad muy fuerte, sin temor á nada, como no sea por mar, y que se puede defender bien, poseyendo buen número de barcos, isla y ciudad que no tratamos como á nuestros súbditos, sino que las dejamos vivir con arreglo á sus leyes; cuyos habitantes son honrados por nosotros más que todos los otros confederados, han hecho lo que hicieron, bien se puede juzgar que nos han querido tramar asechanzas y traición, y decir de ellos que nos han movido guerra, no que se han rebelado contra nosotros; pues se dice que se rebelan los forzados por alguna violencia.

»Lo más abominable de todo es que no les bastaba hacernos la guerra con sus propias fuerzas, sino que han procurado destruirnos por medio de nuestros mortales enemigos, sin temor á las calamidades que sufrieron sus vecinos por rebelarse contra nosotros cuando los sometimos otra vez á la obediencia. Su osadía al emprender esta guerra declara que han tenido más esperanza que fuerzas, queriendo anteponer la fuerza á la justicia y á la razón. Sin injuria nuestra han querido tomar las armas contra nosotros, no por otra causa, sino por la esperanza de vencernos, lo cual sucede muchas veces en las ciudades que en breve tiempo alcanzan prosperidad y riqueza, las que convierten en soberbia y orgullo. Porque la felicidad y prosperidad que adquieren los hombres mediante razón y discreción, y según el curso de las cosas, es más firme y estable que la que proviene de fortuna y sin pensarla ni esperarla, y aun estoy por decir que es más difícil á los hombres saberse guardar y conservar en la prosperidad, que defenderse y ampararse en las adversidades.

»Fuera, por tanto, cosa conveniente á los Mitilenos que no les honrásemos al principio más que á los otros aliados y confederados, porque no hubieran llegado á tanta soberbia y desvergüenza; pues los hombres suelen menospreciar á aquellos á quien son obligados, y tener en más admiración á los que no lo son. Deben ser, por

tanto, castigados todos según lo merece su delito, y no absolvamos á todo el pueblo echando la culpa á pocos de ellos, pues todos, de común acuerdo, tomaron las armas contra nosotros, que si tan sólo algunos les quisieran obligar á hacerlo, pudieran excusarse y huir, acogiéndose á nosotros; y si así lo hubieran hecho, pudieran ahora con justa causa volver á su ciudad; mas si por consejo de pocos tuvieron por mejor exponerse á peligro y probar fortuna, todos deben considerarse rebelados.

»Debéis considerar por lo que toca á los otros aliados, que si no castigamos con mayor pena á los que voluntariamente se rebelan que á los que lo hacen forzados por los enemigos, no habrá ciudad, ni villa en adelante que por la menor ocasión del mundo no se atreva á hacer lo mismo, sabiendo de cierto que si les sucede bien la cosa cobrarán libertad, y si mal, quedarán libres á poca costa, sin padecer cosa intolerable, exponiéndonos así á perder las haciendas y las personas en todas las ciudades que poseemos. Porque aunque recobremos la ciudad que se nos hubiese rebelado, perdemos la renta de ella por largo tiempo, mediante la cual se entretienen nuestras fuerzas y se mantiene nuestro poder, y si no la podemos recobrar, sus moradores aumentarán el número de nuestros enemigos; de modo, que el tiempo que habíamos de gastar en hacer guerra á los Peloponenses, será menester emplearle en reducir á obediencia á nuestros súbditos y aliados.

»No conviene en manera alguna darles esperanza de que podrán alcanzar perdón de nosotros por buenas razones, ni menos por dinero, so color de decir que erraron por flaqueza humana, pues nos han injuriado á sabiendas y no forzados, y el error es digno de perdón y misericordia cuando no se hace con voluntad determinada.

»Por estas razones al principio me opuse al perdón, y ahora también lo contradigo, diciendo que no revoquéis lo que ya tenéis determinado, ni queráis errar en tres cosas que todas ellas son muy perjudiciales para la repú-

blica, es á saber: la misericordia, dulzura de palabras y facilidad. La misericordia debemos usarla con los que la hacen, no con los que no la tienen y de propia voluntad se prestaron á ser vuestros perpetuos enemigos; los retóricos, que presumen deleitar y persuadir con dulces palabras, tendrán ocasión de mostrar y ostentar su elocuencia en otras materias de menos importancia, y no en aquéllas en que la ciudad, por un pequeño deleite en razonar con elocuencia, recibe gran daño; y la facilidad debemos tenerla con los que esperamos sean buenos y obedientes en adelante, y no con los que después de perdonados quedarán no menos enemigos nuestros que antes lo eran.

»Por abreviar razones digo, que si me queréis creer, obraréis con los Mitilenos según justicia y vuestro provecho; y si no lo hacéis, gratificáis á ellos y condenáis á vosotros. Porque si han tenido justa causa de rebelarse, conviene confesar que los señoreamos injustamente; y aun cuando fuese así, sería también conveniente que los castigásemos contra justicia y razón por nuestro provecho, si queréis ser sus señores, y si no, abandonad el mando que tenéis sobre ellos.

»Pues habéis escapado del peligro, haced como los hombres prudentes y discretos; si queréis perseverar en vuestro señorío, debéis darles la paga según su merecido, y hacerles entender que no tenéis el corazón menos lastimado por vengaros de ellos que antes. Ahora que habéis escapado del peligro en que os pusieron con sus tramas y asechanzas, considerad lo que hubiesen hecho con vosotros si fueran vencedores; que los que sin causa ni razón injurian á los otros, meten la mano hasta el codo y procuran destruirlos por completo, sospechado del peligro en que después se verán si caen en manos de sus enemigos. Cualquiera hombre que se ve injuriado y ultrajado por otro sin razón, si escapa de las manos de su contrario, toma de él más cruel venganza que tomaría de un mortal enemigo.

»No queráis, pues, ser traidores á vosotros mismos,

antes considerando los inconvenientes que pocos días ha os ocurrieron por causa de éstos, y teniéndolos en vuestras manos como deseabais primero, pagadles en la misma moneda. No os mostréis tan blandos y mansos por el estado y seguridad en que están las cosas al presente, que os olvidéis totalmente de las injurias y ultrajes que éstos os han hecho: castigadles según su merecido para dar singular ejemplo á los otros aliados, y para que si alguno se rebelare de aquí en adelante, sepa que le ha de costar la vida. Porque si tienen entendido esto de veras, desecharéis el cuidado de pensar en combatir con vuestros amigos y aliados en lugar de pelear con vuestros enemigos.»

Con esto acabó Cleón su razonamiento, y tras él se levantó Diodoto, hijo de Eucrate, el que en la consulta del día anterior contradijo á los que opinaban que todos los Mitilenos debian ser muertos, y habló de la manera siguiente:

VII.

Discurso de Diodoto, de contrario parecer al de Cleón.

«Ni repruebo el parecer de los que quisieron poner otra vez en consulta este hecho de los Mitilenos, ni apruebo el de los que vedan consultar muchas veces las cosas de gran importancia, antes me parece que hay dos cosas muy contrarias á la bondad en la consulta y acuerdo, la presteza y la ira, porque la una hace que las cosas se hagan sin prudencia, y la otra necia y locamente. Quien repugna que las cosas se enseñen por medio de palabras y razones para informarse mejor de la verdad, no tiene saber ni seso, ó le va en ello algún interés particular. Porque si piensa que las cosas venideras, que no pueden verse, se enseñan de otra manera que por palabras y ra-

zones, no tiene juicio ni entendimiento, y si quiere persuadir de alguna cosa torpe y mala, y porque le parece que no la podrá hacer buena por razones, quiere espantar y asombrar á los que contradicen y á los jueces que lo oyen, gran señal es de que le va interés en ello.

»Pero más son de vituperar aquellos que achacan á los de contrario parecer estar corrompidos por dádivas y dinero; porque si culpan de poco saber al que no pudo persuadir lo que quería en el senado, sería tenido por ignorante, no por malo ni injusto; pero si le culpan ó achacan que fué sobornado, aunque persuada al senado y sigan su parecer, no por eso dejará de ser sospechoso, y si no persuade lo que quiere será tenido no sólo por ignorante, sino también por malo é injusto. Esto ocasiona daño á la república, porque los hombres no se atreven, por miedo, á aconsejar libremente lo que sienten, contra los que opinan que sería mejor para el bien de la ciudad que no hubiese hombres en ella con entendimiento para saber hablar y razonar, como si por esto los hombres estuviesen menos expuestos á errar, siendo al contrario, porque el buen ciudadano que dice su parecer en público ayuntamiento, no ha de estorbar ni espantar á los otros para que no le puedan contradecir, sino con toda equidad y modestia mostrar por buenas razones que su opinión y parecer es el mejor. Y así, gobernada la ciudad por justicia y por razón, ya que no haga más honra á aquel que dió el mejor consejo, no por eso le ha de quitar ni disminuir la que antes tenía ni por consiguiente, debe menospreciar al que no alcanzó á dar buen consejo y mucho menos castigarle. De no hacerlo así, aquel cuyo parecer fuere aprobado no procurará decir ni razonar otra cosa sino lo que pensare que le podrá aprovechar para ganar la gracia y favor del pueblo, aunque no lo entienda así; y aquel cuya opinión no fuere aprobada, por la misma razón trabajará por agradar y complacer al pueblo.

»Nosotros hacemos todo lo contrario, porque si hay alguno de quien se sospeche que fué sobornado con dá-

divas ó promesas, aunque dé muy buen consejo para el bien de la república, todavía por envidia y sospecha de aquella opinión de corruptela, aunque no sea cierta, no le queremos admitir, y todo lo que dice bueno ó malo es tenido por sospechoso. De aquí la necesidad de que el que quiere persuadir al vulgo de alguna cosa buena ó mala, use de cautelas y mentiras; el que hablare más á su favor, tendrá más crédito aunque mienta, y el que quiera hacer bien á la ciudad con su consejo, cae en sospecha de que procura por vías ocultas su provecho y ganancia.

»Conviene, pues, á los que estamos en este lugar entre tantas sospechas, y hablamos y consultamos de cosas tan grandes y de tanta importancia, que las veamos y proveamos de más lejos que vosotros, que tan solamente las veis y contépláis de cerca, atento que debemos dar razón bastante de lo que nos parece, y vosotros no de lo que ois, que si el que se deja persuadir por otro fuese castigado como el que le habla y persuade, vosotros juzgaríais más cuerdate, pero si no lográis lo que os proponéis, condenáis el parecer de uno solo que os lo aconsejó, y no el de todos vosotros que lo seguisteis siendo tan delincuentes en esto todos como aquel solo que lo dió y lo dijo.

»No deseo hablar en favor de los Mitilenos para contradecir ni acusar á nadie. Si somos cuerdos no tendremos contienda sobre su crimen, sino solamente sobre aconsejar y consultar en nuestro bien y en nuestro provecho. Porque aunque evidentemente nos conste que ellos han cometido crimen, no por esto aconsejaría que los mandasen matar si no resulta provecho de ello á nuestra ciudad; ni, si merecen perdón, sería de parecer que se les diese, si también de esto no se nos sigue utilidad y provecho.

»Mas porque nuestra consulta se refiere al tiempo venidero, no á lo pasado, y porque Cleón ha dicho que se requiere, para estorbar las rebeliones en adelante, castigar á los Mitilenos con pena de muerte, yo opino todo

lo contrario, y digo que será mejor para nosotros hacerlo de otra manera.

»Os ruego que por las razones y atildadas frases que éste ha usado en su razonamiento para inducirnos á que sigáis su parecer, no queráis rehusar ni desechar las mías, útiles y provechosas. Bien entiendo, que yendo todos sus argumentos enderezados al rigor de la justicia, podrán mover más vuestros corazones, llenos ahora de ira y de enojo, que los míos; mas conviene considerar que no estamos aquí reunidos para contender en juicio lo que requiere la razón y la justicia, sino para tomar consejo y consultar entre nosotros lo que nos será más provechoso.

»En muchas ciudades, como sabéis, hay pena de muerte, no solamente para semejantes delitos, pero aun para otros mucho menores, y á pesar de ello siempre hay hombres que se exponen á peligro de esta pena con esperanza de escapar de ella. Ninguno emprendió rebeliones que no pensase salir con ello, ni hubo ciudad que no le pareciese tener mayores fuerzas propias ó de sus amigos que otra. Mas al fin es cosa natural á los hombres pecar, así en general como en particular; y no ha habido ley tan rigurosa que lo pudiese vedar ni estorbar por más que se hayan inventado nuevos tormentos y castigos para los delitos, por si el temor podría apartarles de hacer mal.

»No sin causa al principio para grandes delitos había pequeños castigos, mucho más leves que ahora, los cuales, por la continua transgresión de los hombres, andando el tiempo, se han reducido á pena de muerte; y aun con todo esto, no nos apartamos de errar. Es, pues, necesario, ó inventar otra pena más dura que la muerte, ó pensar que ésta no impedirá pecar á los hombres, porque á unos la pobreza les obliga á que se atrevan, y á otros las riquezas les alientan á ser soberbios y codiciosos de más haberes, mientras otros tienen otras pasiones y ocasiones que los atraen é inducen á pecar. Cada cual es atraído por su inclinación y apetito desordenado, tan

poderoso, que apenas lo puede refrenar ni moderar por miedo de daño ni peligro que le amenace.

»Hay, además, otras dos cosas que en gran manera impulsan á los hombres: la esperanza y el amor; el uno les guía, y la otra les acompaña. El amor procura los medios para ejecutar sus pensamientos, y la esperanza les pone delante la prosperidad de la fortuna. Aunque estas dos cosas no se ven de presente, son más poderosas á moverlos que los peligros manifiestos. También hay otra tercera, que sirve y aprovecha en gran manera para mover los afectos y voluntades, es á saber, la fortuna, la cual, luego que nos representa y pone delante alguna ocasión, aunque no sea bastante para movernos, muchas veces atrae á los hombres á grandes peligros, y muchas más á las ciudades, por tratarse en ellas de más grandes cosas y de más importancia, como el conservar su libertad ó aumentar su señorío; porque cada cual, unido á los otros ciudadanos, concibe mayor esperanza de sí mismo. En conclusión, es imposible y fuera de razón creer que cuando el hombre está estimulado por una impetuosa inclinación á hacer una cosa, se le pueda apartar de ello por la fuerza de las leyes ni por otra dificultad.

»No conviene, pues, condenar á pena de muerte á los delincuentes en la confianza de que nos causará seguridad para lo venidero, ni por este medio quitar á los que en adelante se rebelaren la esperanza de la misericordia y la facultad de arrepentirse y purgar su pecado. Para convenceros de esta verdad, suponed que hubiese ahora otra ciudad rebelada contra vosotros, y que conociese que no podía resistirnos, aunque teniendo bienes para pagarnos los gastos de recobrarla, y en adelante el tributo que le impusiéremos, si la tomamos por capitulación: pues si sabe que no tiene esperanza de alcanzar misericordia de vosotros, os resistirá con todas sus fuerzas, y determinará sufrir el cerco hasta el fin, antes que entregarse. Pensad ahora si es lo mismo que una ciudad se entregue en seguida de haberse rebelado, ó largo

tiempo después de rebelada, y qué gastos y daños sufriremos cuando rehusaren ser reducidos á nuestra obediencia, en todo el tiempo que les sitiemos. Tomada y asolada la ciudad rebelde, perderíamos sus tributos, mediante los cuales tenemos fuerzas contra nuestros enemigos.

»Por tanto, no conviene en este caso proceder á la pena y castigo de los delitos como jueces con todo rigor, para que resulte en nuestro daño, sino pensar cómo podremos sacar en lo venidero nuestras rentas y tributos de nuestras ciudades, castigándolas moderadamente, y guardándolas y conservándolas con dulzura y buen trato, antes que por el rigor de las leyes. Ahora queremos hacer lo contrario, pues si sojuzgamos algún pueblo que antes fuese libre, y éste, por recobrar su libertad, se rebela contra nosotros, como lo podría hacer con razón, si después le reducimos á nuestra obediencia, juzgaréis que conviene castigarle con todo rigor y severidad: Yo soy de opinión contraria, es decir, que no debemos castigar duramente las ciudades libres cuando se han rebelado, sino cuidar muy bien de que no se rebelen, tratarlas de suerte que no tengan ocasión de ocurrirles tal pensamiento, y al recobrarlas, imputarles por liviana su culpa.

»Considerad el yerro que cometéis si quisierais seguir la opinión de Cleón; porque ahora todos los moradores de vuestras ciudades confederadas están en vuestra amistad, os tienen afición y no se rebelan juntamente con los otros parciales más poderosos; y si alguna se rebela, obligada por fuerza, los otros aborrecen y quieren mal á los que fueron autores y causa de ello; de suerte que vosotros, con la confianza que tenéis en el amor y afición que os tienen los pueblos, vais á la guerra; pero si mandáis matar todos los moradores de Mitilene, que no fueron partícipes de la rebelión, antes cuando pudieron tomar las armas os entregaron la ciudad, seréis tenidos por injustos y malos para con aquellos que han merecido mucho bien de vosotros, y daréis gran placer á los más poderosos, pues no desean otra cosa. Porque si hacen

rebelar una ciudad de vuestras confederadas, tendrán todos los del pueblo en su favor, sabiendo de cierto que si caen en vuestras manos, la misma pena sufrirán los delincuentes que los que no lo fueron. Más valdría disimular su yerro, para que sólo ellos de los confederados y aliados que tenemos por amigos y compañeros aparezcan enemigos; y pienso que será más útil y provechoso para conservar nuestro imperio y señorío que suframos esta injuria de grado y á sabiendas, que mandar matar á los que en ninguna manera nos conviene que mueran, aunque lo podamos hacer con justicia.

»No es verdad lo que dice Cleón, de que el castigo puede ser provechoso. Y pues sabéis que esto es lo mejor, no os fijéis en la misericordia ni en la clemencia, de las cuales tampoco quiero que os dejéis convencer, sino que, por lo que os he aconsejado, me deis crédito. Sólo por el bien de la ciudad guardad estos prisioneros mitilenos que os envió Paquetes como culpados, y despacio y á vuestro placer juzgad y sentenciad su causa, y á los otros que allí quedan dejadlos morar pacíficamente en su pueblo, que es lo que os será útil y provechoso para lo venidero, infundiendo temor á vuestros enemigos.

»Pensad que cualquier hombre que da buen consejo vale y puede más contra los enemigos que el que por locura é ignorancia hace cosas soberbias y crueles.»

Con esto acabó Diodoto su razonamiento.

VIII.

De cómo Mitilene estuvo en peligro de ser destruída completamente, y del castigo que recibió por su rebelión.—Los de Platea se entregan á merced de los Lacedemonios.—Hechos de guerra habidos aquel año.

Oídos estos dos contrarios pareceres, hubo muchas disputas entre los Atenienses, de manera que cuando

vinieron á dar sus votos, se hallaron tantos de una parte como de otra; más al fin venció el parecer de Diodoto, al cual todos siguieron. Inmediatamente enviaron otra galera ligera á Mitilene, sospechando que, si no iba con premura para adelantar á la que había partido la noche antes, hallaría la ciudad destruída. Con este miedo, los embajadores Mitilenos despacharon la última galera, y la fletaron y abastecieron de las provisiones necesarias, prometiendo grandes dones á los marineros si llegaban antes que la primera. Por tal promesa hicieron extrema diligencia, no cesando de remar de día ni de noche, comiendo su pan mojado en vino y aceite, y durmiendo por tanda, los unos cuando remaban los otros, de manera que la galera nunca dejaba de caminar, teniendo la buena fortuna de que ningún viento les fué contrario, de manera que arribaron al puerto casi á la par con la primera galera que llevaba la mala nueva, y que había caminado sin apresuramiento.

Llegó, pues, esta galera poco después que la otra. Paquetes estaba leyendo el primer mandamiento de los Ateníenses, y se disponía á ejecutarlo, cuando le entregaron el segundo que impedía la ejecución. Así se libró la ciudad de Mitilene del peligro en que estaba.

Respecto á los demás que Paquetes había enviado, como muy culpados en aquella rebelión, que serían más de mil, todos fueron condenados á muerte, siguiendo el parecer de Cleón. Derrocaron los muros de Mitilene y quitáronles todos los navíos que tenían. No impusieron después tributo á los de la isla de Lesbos, sino que repartieron toda la tierra (excepto la ciudad de Mitilena) en tres mil suertes, de las cuales dedicaron y ofrecieron trescientas á los templos de los dioses por su décima, y para las restantes enviaron conciudadanos suyos que las poblasen. A los de Lesbos ordenaron que les diesen de tributo por un año dos minas de plata (1) por cada suerte, y que labrasen la tierra. También quita-

(1) Ciento ochenta pesetas.

ron los Atenienses á los Mitilenos todas las villas y lugares que tenían en tierra firme, haciéndolas depender de Atenas.

Este fin tuvieron las cosas de la isla de Lesbos.

En el mismo verano (1), después de recobrada la isla de Lesbos, Nicias, hijo de Nicerato, partió por mar con ejército á la isla de Minoa, que está junto á Megara, donde había un castillo que los Megarenses guardaban para su defensa. Nicias intentó tomarlo para tener allí un punto fuerte que estuviese más cerca que los que tenían en Budoro y Salamina, y para que cuando los Peloponeses saliesen al mar, no se pudieran esconder allí sus galeras, como habían hecho muchas veces los cosarios, ni pasar cosa alguna por mar á los Megarenses. Salió Nicias de Nisea y atacó el castillo, batiendo dos torreones que daban al mar; tomados éstos, dejó libre la entrada á las naves para que pudiesen pasar sin peligro entre la isla y la villa de Nisea. También hizo un muro á través del estrecho de tierra firme que venía á dar á la isla por donde podían enviar socorro al castillo. Hechos estos fuertes y reparos en breve tiempo, dejó en aquellos guarnición y volvió con el resto de su ejército.

En este mismo verano, los de Platea, por falta de víveres, no pudieron defenderse más del cerco de los Peloponeses, y capitularon de esta suerte.

El general de los Peloponeses, acercándose á los muros de la ciudad y conociendo que estaban tan escasos de fuerzas que no se podían defender, no los quiso combatir ni tomarlos, porque los Lacedemonios le ordenaron que tomara la ciudad por tratos, antes que por asalto, si pudiera, á fin de que si se ajustaba algún concierto entre Peloponeses y Atenienses, y acordaban que las ciudades y villas tomadas por guerra de ambas partes se devolviesen, pudieran excusar la devolución de Platea,

(1) Quinto año de la guerra del Peloponeso; segundo de la 87 Olimpiada; 427 antes de la Era vulgar.

so color que no había sido tomada por combate, sino que se había rendido por propia voluntad.

Así, pues, envió un parlamentario á los de Platea para decirles si querían rendirse á merced de los Lacedemonios, y dejar á su discreción el castigo de los que habían sido culpados, con la condición de que ninguno fuese castigado sin ser primero oído en juicio y sentenciada su causa. Consintieron los de Platea viéndose en tan extrema necesidad, que no podían defenderse más, y por este medio los Peloponenses se apoderaron de la ciudad, y proveyeron á los moradores de víveres para algunos días hasta que llegaron cinco jueces, enviados para determinar el hecho, los cuales, sin formar proceso particular, reunieron á los que estaban dentro de la ciudad y preguntáronles solamente si, después de la guerra comenzada, habían hecho algún beneficio á los Lacedemonios y á sus aliados. A esta demanda los de Platea pidieron que les dejasen responder más largo por común acuerdo de todos, lo que otorgaron los jueces. Entonces eligieron á Astimaco, hijo de Asopolao, y á Lacon hijo de Aymneto, que eran huéspedes y conocidos de los Lacedemonios, y saliendo delante, pronunciaron este discurso:

IX.

Discurso de defensa de los de Platea ante los jueces de Lacedemonia.

«La gran confianza que teníamos en vosotros, varones Lacedemonios, nos hizo entregar nuestra ciudad y nuestras personas en vuestro poder, no esperando el juicio criminal que vemos, sino otro más civil y humano, y que nos someterían á otros jueces, no á vosotros. También esperábamos que nos fuera lícito contender en derecho

sobre nuestra causa; pero sospechamos haber sido engañados en ambas esperanzas, porque creemos que este juicio es sobre nuestras vidas, y que no venís á juzgarnos con justicia, siendo evidente señal de ello que no precede ninguna acusación á que debamos responder, sino solamente nos demandan que hablemos.

»La pregunta es muy breve, á la cual, si queremos responder con verdad, nuestra respuesta será contraria y perjudicial á nuestra causa: y si respondemos mintiendo, podrán convencernos de falsedad. Viéndonos perplejos, forzoso es que hablemos, aunque nos parece más seguro incurrir en peligro hablando que callando; porque si los que están puestos en tales extremos no dicen aquello que pudieran decir, siempre les queda tristeza en el corazón, y les parece que si lo hubieran dicho pudiera ser causa de su salvación.

»Entre todas las dificultades que se nos ofrecen, la más difícil es persuadiros de lo que digamos: porque si no fuésemos conocidos unos de otros, podríamos alegar testimonios de cosas que no supieseis; pero sabéis la verdad de todo, y por esto no tememos que nos acuséis de ser en virtud y bondad inferiores á los otros amigos y confederados vuestros, que hasta en esto bien nos conocemos, sino que sospechamos que por agradar y complacer á otros estamos sentenciados antes del juicio. No obstante, procuraremos mostraros nuestro derecho en las diferencias que tenemos con los Tebanos y con vosotros y los otros Griegos, trayéndoos á la memoria nuestros beneficios, é intentando si podemos persuadiros de la razón.

»Para responder á la pregunta breve que nos hicisteis, de si durante esta guerra hemos hecho algún bien á los Lacedemonios ó á sus confederados, os respondemos que si nos preguntáis como enemigos, no os hemos ofendido, ya que no os hayamos hecho bien alguno; y si nos preguntáis como amigos, nos parece que habéis errado contra nosotros más que nosotros contra vosotros, pues comenzasteis la guerra sin que quebrantásemos la

paz; y cuando la de los Medos, nosotros solos de todos los Beocios fuimos á acometerles con ayuda de los otros Griegos, por defender la libertad de Grecia. Aunque éramos gentes criadas en tierra firme, batallamos por mar junto á Artemisia; y después, cuando pelearon con ellos en nuestra tierra, nos hallamos siempre allí en socorro vuestro y de Pausanias, participando más de lo que permitían nuestras fuerzas en todas las empresas hechas por los Griegos en aquellos tiempos, y particularmente en las vuestras, Lacedemonios, estando toda vuestra tierra de Sparta en gran aprieto después del terremoto, cuando vuestros ilotas ó siervos huyeron á Itoma, pues os enviamos la tercera parte de nuestro pueblo en vuestro socorro.

»Razón será, por tanto, que os acordéis de las muchas y buenas obras que os hicimos en tiempos pasados; que si después fuimos vuestros enemigos, culpa vuestra es, pues siendo acometidos por los Tebanos, pedimos y rogamos vuestra ayuda y socorro, y nos la negasteis, diciendo que acudiéramos á los Atenienses, nuestros vecinos, porque vosotros estabais muy lejos. De manera que por guerra, ni habéis recibido de nosotros injuria alguna, ni la esperáis recibir en adelante. Y si no nos quisimos rebelar ni apartar de los Atenienses por vuestro mandato, no por esto os ofendimos, porque habiéndonos ellos ayudado contra los Tebanos, nuestros enemigos, en lo cual vosotros os mostrasteis tardíos y perezosos, no fuera razón desampararlos, mayormente visto que á grandes ruegos nuestros nos tomaron por compañeros y aliados, recibimos mucho bien de ellos, y nos recogieron por sus ciudadanos, por lo que era justo hacer pronto todo lo que nos mandasen. Si vosotros y ellos, siendo caudillos de los vuestros, hicisteis alguna cosa mala en compañía de vuestros aliados y confederados, no se debe imputar á los que os siguieron, sino á los caudillos y capitanes que los guiaron y llevaron á hacerla.

»Los Tebanos, además de muchas injurias anteriores, nos hicieron esta postrera, que, como sabéis, ha sido

causa de todos nuestros males, pues que en tiempo de paz, y en un día de fiesta solemne, entraron y tomaron nuestra ciudad, y si por esto fueron castigados, tuvieron el pago merecido; que es lícito y permitido por ley común y general, guardada y observada entre todas gentes, matar al que acomete á otro como enemigo. Si por esto nos quisierais ahora hacer daño, sería contra toda razón y justicia, y mostraríais ser malos jueces si, por agradar á los que son vuestros aliados en esta guerra, juzgaseis á su voluntad, atendiendo á vuestro interés y no á la justicia y á la razón.

» Aunque sólo atendáis á vuestro provecho, pensad que si éstos os son útiles ahora, nosotros lo hemos sido mucho más en lo pasado, y no solamente á vosotros, sino también á todos los Griegos, estando en mayores peligros; porque al presente tenéis fuerzas y poder para acometer á los otros, pero entonces, cuando el Rey bárbaro quería imponer el yugo de servidumbre á toda la Grecia, los Tebanos nuestros contrarios fueron con él, siendo, pues; justo contrapesar este nuestro yerro de ahora (si yerro se puede llamar) con el servicio que entonces os hicimos, mayor y de más peso que el yerro cometido.

» Recordad que en aquel tiempo había muy pocos Griegos que osasen aventurar sus fuerzas contra el poder del rey Jerjes, y que fueron más alabados los que, acometidos y cercados, no se cuidaron de salvar sus vidas y haciendas, sino que antes quisieron, con grande peligro de sus personas, emprender cosas dignas de memoria, entre los cuales fuimos nosotros los principalmente honrados. Sospechamos al presente morir por hacer lo mismo queriendo seguir á los Atenenses con justicia y razón, mejor que á vosotros con cautela y astucia. Conviene formar siempre el mismo juicio de una misma cosa, y no poner todo vuestro bien y provecho sino en la fe y lealtad de los amigos y confederados, porque reconociendo siempre la virtud que han mostrado en las cosas pasadas, podréis fiar de ellos en las presentes. Conside-

rad que ahora la mayor parte de la Grecia os tiene y estima por dechado y ejemplo de la bondad, y si dais contra nosotros sentencia inicua (que al fin ha de saberse), en gran manera seréis culpados por habernos juzgado y sentenciado siendo buenos, contra lo que la razón y el derecho requiere, poniendo en vuestros templos los despojos de los que tanto bien han merecido de toda Grecia, y os echarán en rostro que por satisfacer el deseo de los Tebanos queráis destruir la ciudad de Platea, cuyo nombre, por honra y memoria de la virtud y esfuerzo de sus ciudadanos, vuestros antepasados esculpieron en el Trípode y altar del dios Apolo en Delfos.

»Hemos llegado á tanta desventura que si los Medos hubieran vencido fuéramos destruídos y alcanzando nosotros la victoria contra ellos, los Tebanos nuestros grandes enemigos nos vencen por medio de vosotros, y nos ponen en dos grandísimos peligros, uno el de morir de hambre si no queríamos entregar la ciudad, y otro el de defender ahora nuestras causas en juicio criminal de muerte.

»Nosotros que fuimos los que más aventajaron la honra de los Griegos con todas nuestras fuerzas (y aun más que estas podían soportar), somos ahora desamparados de todos, y no hay un solo griego de cuantos allí se hallaron presentes, amigos y aliados nuestros, que nos socorra y ayude en esta desdicha. Y aun vosotros, Lacedemonios, que sois nuestra única esperanza, tememos que seáis poco firmes y constantes en este caso.

»Os rogamos, pues, que por honra y reverencia de los dioses que entonces fueron nuestros favorecedores, y por memoria de nuestros merecimientos y servicios hechos á todos los Griegos, queráis ablandar vuestros corazones: y si por persuasión de los Tebanos habéis determinado algo contra nosotros, lo revoquéis, no matando por agradarles á quien no debéis matar. Haciendo esto ganaréis crédito, y no caeréis en vergüenza ni deshonra por agradar á otro, porque fácil cosa será mandarnos matar; pero muy difícil después borrar la vergüenza é

infamia en que incurriréis dando muerte á los que no somos vuestros enemigos, sino amigos que, forzados por pura necesidad, aceptamos la guerra; y en efecto, si libráis nuestras personas del peligro de muerte en que estamos, juzgaréis recta y santamente.

»Considerad que voluntariamente nos rendimos, que venimos humildes con las manos tendidas, y que las leyes de Grecia prohíben matar á los que así se presentan; que en todos tiempos os fuimos bienhechores y procuramos merecer todo bien de vosotros, lo cual podéis comprobar por los sepuleros que hay en nuestra tierra de vuestros ciudadanos muertos por los Medos, á los que hacemos honras cada año públicamente, no así como quiera, sino con pompa y aparato solemne de vestiduras, ofreciéndoles en sacrificio primicias de todas las cosas mejores que da la tierra, como á hombres que somos de una misma patria, amigos y confederados y algunas veces compañeros de guerra, no portándoos vosotros como tales, si no juzgando rectamente, por mal consejo, nos mandáis matar.

»Recordad también que Pausanias ordenó enterrarlos en esta nuestra tierra como en tierra de amigos y aliados y si nos mandáis matar y dais nuestra tierra á los Tebanos, no haréis otra cosa sino privar á vuestros mayores y progenitores de la honra que tienen, dejándolos en tierra de enemigos que los mataron. Además, pondréis en servidumbre la tierra donde los Griegos conquistaron su libertad, dejaréis yermos los templos de dioses donde vuestros mayores hicieron sus votos y plegarias, mediante los cuales vencieron á los Medos, y quitaréis las primeras aras y altares de los que los fundaron.

»Será ciertamente, varones Lacedemonios, cosa indigna de vuestra honra y menos aún conveniente á las leyes y buenas costumbres de Grecia, á la memoria de vuestros progenitores y á nuestros servicios y merecimientos mandarnos matar sin haberos ofendido sólo por el odio que otros nos tienen, siendo por el contrario más

digno y conveniente perdonaros, quebrantar vuestra saña y dejaros vencer de la clemencia y misericordia, poniendo delante de vuestros ojos, no solamente los grandes males que nos haréis, sino también quiénes son aquellos á quien los hacéis, y que muchas veces tales males ocurren á los que menos los han merecido.

»Os suplicamos, pues, y pedimos por merced, según la necesidad presente lo requiere, y para ello invocamos el favor y ayuda de los dioses á quien sacrificamos en unos mismos altares, y á los de toda Grecia, accedáis á nuestros ruegos, no olvidándoos de los juramentos de vuestros padres, por honra de cuyos huesos y sepulcros, os rogamos, llamándolos en nuestra ayuda, muertos como están, para que no nos pongáis bajo la sujeción de los Tebanos, ni queráis entregar vuestros grandes amigos en manos de aquellos que son crueles enemigos, recordándoos que este día en que nos vemos en extremo peligro, es aquel mismo en que hicimos tantas y tan buenas hazañas con vuestros antepasados.

»Mas porque á los hombres que se ven puestos en el extremo en que al presente nosotros estamos, les parece cosa muy dura dar fin á sus palabras, aunque por necesidad lo han de hacer, porque saben que, acabando de hablar, se les acerca más el peligro de su vida, dando fin á nuestras razones, os decimos solamente que no entregamos nuestra ciudad á los Tebanos, pues esto no lo hiciéramos aunque supiéramos morir de hambre ó de otra peor muerte, sino á vosotros, varones Lacedemonios, confiando en vuestra fe. Por esto es justo que, si no logramos nuestra petición, nos restituyáis al estado que teníamos antes, con peligro de todo lo que nos pudiere ocurrir, y de nuevo os amonestamos no permitáis que los de Platea, que siempre fueron muy aficionados á los Griegos, y que confiaron en vuestra fe, pasen de vuestra mano á la de los Tebanos, sus capitales enemigos, sino que antes seáis autores de nuestra vida y salud, y pues á todos los otros Griegos habéis libertado, no queráis destruir y matar sólo á nosotros.»

Con esto acabaron los Platenses su razonamiento; pero los Tebanos, temiendo que los Lacedemonios, por su discurso, fuesen movidos á otorgarles algo de su demanda, salieron en medio pidiendo ser ellos también oídos, porque á su parecer habían dado muy larga audiencia á los Platenses para responder á la pregunta, y teniendo licencia también ellos para hablar, hicieron el razonamiento siguiente:

X.

Discurso de los Tebanos contra los de Platea y muerte de éstos.

«No os pidiéramos audiencia para hablar, varones Lacedemonios, si éstos hubieran respondido buenamente á la pregunta que les fué hecha, y no dirigieran su discurso contra nosotros, acusándonos sin culpa, excusándose fuera de propósito de lo que ninguno los acusaba; y elogiándose con demasia cuando nadie los vituperaba. Nos conviene contradecirles en parte lo que han dicho, y en parte redargüirles de falso, á fin de que no les aproveche su malicia ni nos dañe nuestra paciencia y sufrimiento; y después de oídas ambas partes juzgaréis los hechos como bien os pareciere.

»Bueno es primero que sepáis la causa de nuestras enemistades, que consiste en que habiendo nosotros fundado la ciudad de Platea, la postrera de todas las de Beocia, con algunas otras villas que ganamos fuera de nuestra tierra, lanzando de ellas los que antes las tenían, estos solos, desde el principio se desdeñaron de vivir bajo nuestro mando, no queriendo guardar nuestras leyes y ordenanzas, que todos los otros Beocios tenían y guardaban; y viéndose obligados á ello se pasaron á los Atenienses, con cuya ayuda nos han hecho muchos ma-

les, de que á la verdad ellos han recibido su pago y pena por igual.

»A lo que dicen que cuando los Medos entraron en Grecia, ellos solos, entre todos los Beocios, no quisieron seguir su partido, alabándose por ello en gran manera, y denostándonos, confesamos ser verdad que no fueron de parte de los Medos, porque tampoco los Atenienses fueron de su bando. Mas también decimos, por la misma razón, que cuando los Atenienses vinieron contra los Griegos, estos solos entre todos los Griegos fueron de su parcialidad; y por esto debéis considerar lo que nosotros hicimos entonces, y lo que éstos han hecho ahora. Nuestra ciudad en aquel tiempo no era regida por oligarquía, que es gobierno de pocos, ni tampoco por democracia, que es el mando de los del pueblo, sino por otra forma de gobierno que es muy odiosa á todas las ciudades, y muy cercana á la tiranía; es á saber, por poder absoluto de algunos grandes y particulares, los cuales, esperando enriquecerse si los Medos hubieran alcanzado la victoria, obligaron por fuerza á los del pueblo á seguir su partido, y metieron los Bárbaros. Aunque á la verdad esto no lo hicieron todos los de la ciudad, por lo que no deben ser vituperados, pues, como decimos, no estaban en libertad.

»Recobrada después, y empezando á vivir conforme á nuestras leyes y costumbres antiguas, cuando salieron los Medos y entraron los Atenienses con armas en Grecia, queriendo someter á su señorío nuestra tierra y ocupando de hecho una parte de ella, á causa de nuestras sediciones y discordias civiles, nosotros, después de la victoria que les ganamos junto á Queronea, libertamos á toda Beocia, y ahora estamos resueltos, juntamente con vosotros, á libertar lo restante de Grecia de la servidumbre, contribuyendo para ello tanto número de gente de á pie y de á caballo y aparatos de guerra cuanto otra ninguna ciudad de los amigos y confederados, y esto baste para purgar el crimen que nos suponen de haber seguido el partido de los Medos.

»Demostraremos ahora que vosotros los Platenses sois los que habéis ofendido é injuriado á los Griegos más que todos los otros, y dignos por ello de toda pena. Decís que por vengaros de nosotros, os hicisteis aliados de los Atenienses; pues deberíais ayudar á los Atenienses solos, contra nosotros solos, y no contra los otros Griegos, que si los Atenienses os quisieran obligar á esto, teníais á los Lacedemonios que os hubieran defendido y amparado por virtud de la misma alianza que con ellos hicisteis contra los Medos, en la cual fundáis toda vuestra argumentación; cuya alianza también fuera bastante para defenderos de nosotros si os quisiéramos ofender, y aun para daros toda séguridad.

»Resulta, pues, claro que voluntariamente, y no forzados, tomasteis el partido de los Atenienses. Y en cuanto á lo que decís, que fuera gran vergüenza desamparar y abandonar á los que os habían hecho bien, mayor vergüenza y afrenta es desamparar á todos los Griegos, con quien os habéis juramentado y confederado, que no á los Atenienses solo, y á los que libertaban la Grecia, que no á los que la ponían en servidumbre; á los cuales tampoco hicisteis igual servicio, sin afrenta y deshonor vuestra, porque los Atenienses, llamados, vinieron en vuestra ayuda para defenderos de ser ofendidos, según decís, mas vosotros fuisteis á ayudarles para ofender á otros, y ciertamente es menor vergüenza no dar las gracias ni hacer servicios iguales en caso semejante, que donde se debe por razón y justicia, quererlo pagar con injusticia y maldad: pues haciendo vosotros lo contrario, está claro y manifiesto que lo que solos entre todos los Beocios hicisteis de no querer seguir el partido de los Medos, no fué por amor á los Griegos, sino porque los Atenienses no lo seguían, queriendo siempre vosotros hacer lo que éstos hacían, muy contrario á lo que todos los otros Griegos querían.

»Ahora venís sin aprensión alguna á pedir que os hagan bien aquellos contra quien fuisteis con todas vuestras fuerzas y poder por agradar á otros; lo cual ni es

justo ni razonable, sino que, pues escogisteis antes á los Atenienses que á otros, sean ellos ahora los que os ayuden si pueden. Ni tampoco os conviene aquí alegar la conjuración y confederación que se hizo de todos los Griegos en tiempo de los Medos para ayudaros y aprovecharla en vuestro favor, pues vosotros los primeros la rompisteis, dando ayuda y socorro á los Eginetas y á otros de los que no entraron en esta liga. Y esto no lo hicisteis apremiados á ello, como nosotros para seguir el partido de los Medos, sino de vuestro grado, sin que nadie os forzase estando en vuestra libertad, y viviendo según vuestras leyes, como habéis vivido hasta hoy.

»Ni tampoco hicisteis caso de la última amonestación antes que os pusiesen cerco, para que fueseis neutrales, y viviésetis en paz y sosiego.

»Decidnos, pues, quiénes hay de todos los Griegos que con más razón deban ser aborrecidos y odiados que vosotros, que quisisteis mostrar vuestro esfuerzo empleándolo en su daño y mengua. Si en algún tiempo fuisteis buenos, como decís, no era por natural inclinación, porque la verdadera de los hombres se conoce en que es constante, como ha sido la vuestra, en tomar este camino inicuo y malo, siguiendo á los Atenienses en una querella tan injusta, y esto baste para mostrar que nosotros seguimos el partido de los Medos contra vuestra voluntad, y que vosotros seguisteis el de los Atenienses de buen grado.

»Respecto á lo que decís que os ofendimos invadiendo vuestra ciudad en día de fiesta, contra razón y justicia durante la paz y alianza entre ambas partes, pensamos que vosotros habéis errado y delinquido mucho más que nosotros, porque si al venir á vuestra ciudad la hubiéramos asaltado ó destruído las posesiones que tenéis en los campos, pudiera decirse con razón que os habíamos ofendido; pero si algunos de vuestros conciudadanos, de los más ricos y poderosos de la ciudad, deseando apartaros de la alianza y amistad de los extraños y uniros á las leyes y costumbres comunes de los otros Beocios,

nos vinieron á llamar de su grado, ¿qué injuria os hicimos en ir? Si hay algún delito en esto, antes debe ser imputado á los que guían, que á los guiados. A nuestro parecer, no hay yerro de una parte ni de otra, pues aquéllos que, también eran ciudadanos como vosotros, y tenían más que perder que vosotros, nos abrieron las puertas y metieron en la ciudad, no como enemigos, sino como amigos, para imponer orden y que los malos no se hiciesen peores, y los buenos fuesen premiados según merecían. Así que más venimos para corregir vuestras costumbres, que para destruir vuestras personas; reanudando la primera y pasada amistad y parentesco que teníamos y procurando que no tuvieseis enemistad alguna, y vivieseis en paz y amor con todos los confederados. Bien lo demostramos con los hechos, pues entrados en vuestra ciudad no hicimos acto alguno de enemigos, ni injuriamos á nadie, antes mandamos pregonar públicamente que todos los que quisiesen vivir en libertad, según las leyes y costumbres de Beocia, viniesen hacia nosotros; vinisteis de buena voluntad, y hechos los convenios quedasteis en paz y sosiego; mas después que visteis que éramos pocos no nos tratasteis de igual modo, pues aun suponiendo que os ofendimos entrando en vuestra ciudad sin consentimiento de todos los del pueblo, ni nos amonestasteis primero con buenas palabras que saliésemos de ella sin ejecutar novedad alguna, como habíamos hecho primero nosotros, sino que contra el tenor de los conciertos que acabábamos de ajustar, vinisteis con toda furia á dar sobre nosotros. Y no sentimos tanto á los que murieron en el combate á vuestras manos, porque se podría decir que en cierto modo fueron muertos por derecho de guerra, como á los que humildes, con las manos tendidas, se os rindieron, los cogisteis vivos, prometiéndoles salvar sus vidas, y después los mandasteis matar, cometiendo en breve espacio de tiempo tres grandes injusticias: una, faltar á los convenios hechos; otra, matar á aquellos con quien los habíais hecho, y la tercera, prometernos falsamente que no los mataríais si

no hacíamos daño en vuestras tierras; y con todo esto tenéis atrevimiento de decir que os ofendimos sin razón, y que no merecéis ningún castigo.

»Ciertamente seréis declarados inocentes y absueltos de la pena, si estos jueces quieren juzgar sin justicia; pero si son buenos y rectos, debéis ser bien castigados por causa de todos estos delitos.

»Os recordamos estas cosas, varones Lacedemonios, así por vuestro interés, como por el nuestro, para que, por lo que toca á vosotros, sepáis que habréis hecho justicia condenando á estos de Platea, y por lo que á nosotros atañe, se conozca que al pedir el castigo de éstos lo demandamos santa y justamente. Ni tampoco os deben mover á compasión las virtudes y glorias que les ois contar de sus antepasados, si algunas hay, pues éstas deberían favorecer á los que son ofendidos; pero á los que hacen alguna mala acción, antes les deben doblar la pena, porque fueron delincuentes sin causa para ello. Ni menos les deben aprovechar sus llantos y lamentaciones miserables para que les tenga compasión, por más que imploren nuestros parientes ya difuntos y giman su soledad y desconsuelo, pues acordaos de nuestros compañeros muertos por ellos cruelmente, cuyos padres, ó de muchos de ellos, murieron en la batalla de Queronea cuando os llevaban el socorro de Beocia, y los otros quedan ya viejos y desconsolados en sus casas, demandando la venganza con más justa razón que éstos os piden el perdón, pues son dignos de misericordia los que contra justicia y razón sufren injurias, mal ó daño; pero los que por su culpa los padecen, merecedores son de que los otros se alegren de su mal cuando los vean en miserias y desventuras, como ahora están estos Platenses, solos y desamparados por su culpa, pues por su voluntad desecharon sus amigos y aliados, los mejores que tenían, y se apartaron de ellos, ofendiéndoles antes por odio y mal querencia que por razón, sin que les injuriásemos en cosa alguna, de modo que el mayor castigo será inferior al que merecen.

»Y tampoco dicen verdad al suponer que se rindieron voluntariamente, viniendo con las manos alzadas en la batalla, sino que por pacto expreso se sometieron á vuestro juicio. Por tanto, siendo esto así, rogamos y requerimos á vosotros, varones Lacedemonios, que cumpláis las leyes de Grecia que éstos malamente han quebrantado, dando á nosotros, sin razón ofendidos, la justa paga y galardón merecido á los servicios que hemos hecho, sin que por las razones de éstos nos sea denegado. Y dad también ejemplo á todos los Griegos, de que no paráis mientes tanto en las palabras como en los hechos, porque cuando las obras son buenas no requieren muchas palabras para alabarlas; mas para paliar y dorar un mal hecho, son menester discursos artificiosos.

»Si los que tienen la autoridad de juzgar y sentenciar, como vosotros la tenéis al presente, después de recopiladas todas las dudas, conociesen sumariamente y de plano de la causa, sin más largas y dilaciones, ninguno procuraría forjar lindas frases para excusar los hechos torpes y feos.»

De esta manera hablaron los Tebanos.

Cuando los jueces Lacedemonios hubieron oído ambas partes, determinaron perseverar en la pregunta que habían hecho al principio á los de Platea, es á saber: si durante la guerra prestaron algún beneficio á los Lacedemonios, porque les parecía que todo el tiempo anterior no se habían movido á hacer mal ninguno, según las leyes y convenciones que Pausanias hiciera con ellos después de la guerra de los Medos, hasta tanto que recusaron las condiciones para ser neutrales antes que se les pusiese el cerco, y porque después que los de Platea rechazaron aquellas condiciones, los Lacedemonios no quedaban ya obligados por el convenio de Pausanias. Por esta razón los de Platea merecían todo el mal que les viniese de su parte. Les llamaron ante sí, uno en pos de otro, y les preguntaron si habían hecho algún beneficio á los Lacedemonios ó á sus aliados en aquella guerra, y viendo que no respondían nada á esta pre-

gunta, les mandaron salir del Senado y llevarles á otro lugar, donde todos fueron muertos, siendo de los de Platea más de doscientos, y de los Atenenses, que habían venido en su ayuda, más de veinticinco; sus mujeres las llevaron cautivas. La ciudad la entregaron á los Megarenses, que habían sido lanzados de ella por las discordias y parcialidades que tenían, y á los otros Platenses, que habían estado de parte de los Lacedemonios, para que la habitasen todos juntos. Mas pasado el año la destuyeron y asolaron hasta los cimientos, y la reedificaron junto al templo de Juno, donde hicieron un palacio de doscientos pies de largo por todas partes, á manera de claustro, con todos sus aposentos arriba y abajo, y le adornaron con la clavazón, vigas, puertas y maderas de las casas que habían derribado, poniendo en él sus lechos y dormitorios, y dedicándole á la diosa Juno. Además le hicieron otro templo nuevo de piedra labrada, que tenía cien pies de largo. Todas las tierras del término de la ciudad de Platea las arrendaron por diez años para que las labrasen y cultivasen, parte de ellas á los Tebanos, y la mayor parte á los Lacedemonios, los cuales las tomaron por agradar á los Tebanos, pues, á causa de ellos, habían sido contrarios de los Platenses, y también porque pensaban que los mismos Tebanos les podían aprovechar mucho en la guerra contra los Atenenses.

Este fin tuvo la empresa y cerco de Platea, noventa y tres años después que los Platenses hicieron confederación y alianza con los Atenenses.

XI.

Victoria naval que los Peloponenses alcanzan contra los Atenenses y Corcireses por las discordias que los últimos tenían entre sí.

Entretanto las cuarenta naves que los Peloponenses habían enviado en socorro á los de la isla de Lesbos, al

saber que la armada de los Atenienses venía contra ellos, quisieron retirarse á toda prisa, y los vientos les llevaron á la isla de Creta. No pudiendo seguir su rumbo, fueron á dar á la costa del Peloponeso, donde se encontraron con trece barcos de los Leucádios y de los Ambraciotes junto al puerto de Cilene, de los que era capitán Brasidas, hijo de Tellidas, y por consejero tenía á Alcidas, el cual á la sazón llegó allí porque los Lacedemonios, viendo que habían errado el tiro en la empresa de Lesbos, determinaron reparar y rehacer su armada y enviarla á Corcira.

Sabiendo que había divisiones en la ciudad y que los Atenienses sólo tenían doce naves en aquella parte surtas en el puerto de Naupacto, mandaron á Brasidas y Alcidas que se apoderasen de Corcira antes que pudiese ser socorrida por los Atenienses, y esperaban buen éxito por la discordia que había entre los Corcirenses.

Causa de estas disensiones fué que los Corcirenses, cogidos por los Corintios en la batalla naval que se dió junto á Epidamno, fueron puestos en libertad y enviados á sus casas so color de ir á traer su rescate, por el cual habían respondido sus amigos en Corintio, y que montaban á más de ochenta talentos. Mas á la verdad, era para que influyeran con los otros Corcirenses, atrayéndolos á la obediencia de los Corintios y apartándolos de la alianza con los Atenienses. Sucedió que en este mismo tiempo aportaron dos navíos á Corcira, uno de los Corintios y otro de los Atenienses, y ambos conducían embajadores para tratar con los Corcirenses, los cuales dieron audiencia á unos y otros, y al fin respondieron que querían quedar por amigos y confederados de los Atenienses, según los pactos y convenios que tenían con ellos, y que también deseaban ser amigos de los Lacedemonios, como lo habían sido antes. Esta respuesta fué acordada por consejo de Pitias, varón de grande autoridad y mando en la ciudad, y que pocos días antes se había hecho ciudadano de Atenas. Los ciudadanos que procuraban lo contrario, le llevaron á

juicio acusándole de que quería poner la ciudad en dependencia de los Atenienses, pero al fin fué absuelto de esta demanda, y después él acusó á cinco de sus adversarios, los más ricos de todos, de que habían cortado y arrancado los maderos del cerco de los templos de Júpiter y de Alcina, por lo que incurrian en pena de una fiatera (1) por cada palo, que era una multa considerable. Siendo condenados, se acogieron á sagrado hasta que les fuese perdonada ó rebajada la pena, aunque Pitias se oponía con todas sus fuerzas y aconsejaba á los ciudadanos la aplicasen con todo rigor. Viéndose tan perseguidos por quien tenía tan gran poder y autoridad en el Senado, y sabiendo que, mientras viviese, todos seguirían el partido de los Atenienses, se juntaron con otros muchos y entraron en el Senado con sus dagas debajo de las ropas, y allí mataron á Pitias y á otros senadores y particulares, hasta sesenta, salvándose los demás partidarios de Pitias, que fueron muy pocos, en el barco de los Atenienses que aun estaba en el puerto. Después de hacer los conjurados esta mala hazaña, reunieron al pueblo y le dijeron que lo hecho había sido por el bien de la ciudad para que no cayese en servidumbre de los Atenienses, y que en lo demás les parecía que debían ser neutrales y responder á ambas partes que no entrasen en su puerto sino en son de paz y como amigos, y sólo con un navío, pues los que entrarán con más número, serian reputados por enemigos. Leído y publicado este decreto, el pueblo le aprobó y confirmó, y enviaron sus mensajeros á los Atenienses para darles á entender que les había sido necesario obrar así. También lo hicieron para amonestar á los Corirenses que se habían acogido á ellos, que no procurasen nuevas tramas en daño de la ciudad. Pero al llegar á Atenas estos mensajeros, fueron presos como hombres

(1) La fiatera era una moneda de oro que pesaba cuatro dracmas. La del Atica sólo pesaba dos dracmas. La dracma pesaba sesenta y nueve granos.

sediciosos que procuraban novedades, y juntamente con ellos los otros que habian persuadido y sobornado para que fuesen de su bando, y á todos los llevaron á Egina y metieron en prisión.

Entretanto, los grandes y los principales de Corcira que seguían el partido de los Corintios, al llegar el barco de éstos y en él sus embajadores, juntamente con ellos acometieron á sus conciudadanos y aunque estos se defendieron durante algunas horas, al fin fueron vencidos y obligados á retirarse durante la noche á la fortaleza y más altos y fuertes lugares de la ciudad donde se parapetaron, y después se apoderaron del puerto de Helaico. Los victoriosos ganaron la plaza del mercado de la ciudad, en torno de la cual los más de ellos tenían sus casas, y también tomaron el puerto que cae á la parte de tierra, á la bajada del mercado. Al día siguiente tuvieron una escaramuza á tiros de dardos y pedradas. Ambas partes enviaron á buscar en los campos á los siervos y esclavos para que viniesen á socorrerles, prometiéndoles la libertad, y ellos escogieron ayudar al pueblo contra los grandes; pero en favor de éstos llegaron ochocientos infantes por la parte de tierra firme, y con ellos volvieron á la batalla por tercera vez, en la cual los de la comunidad vencieron á los grandes por estar en lugar más ventajoso, porque eran muchos más en número y porque las mujeres, que estaban de su parte, les dieron grande ayuda, sosteniendo el furor é ímpetu de los contrarios con mayor esfuerzo y osadía que requería su condición natural, y tirándoles tejas y piedras desde las casas.

Al acercarse la noche, los grandes, que iban de vencida, temiendo que el pueblo, con ímpetu y grito, fuese á ganar el puerto y las naves que tenían en él, y tras esto los matasen á todos, pusieron fuego á las casas que estaban en el mercado y alrededor de él, así á las que eran suyas como de los otros, para estorbar que pudiesen pasar de allí, ocasionando que se quemasen muchos bienes y mercaderías muy ricas y de gran precio. De venir el viento de parte de la ciudad se hubiese que-

mado toda. Con este fuego cesó el combate aquella noche y estuvieron todos en armas cada cual en guarda de su estancia. Mas la nave de los Corintios, sabiendo que el pueblo había alcanzado la victoria, desplegó velas y se fué secretamente, y lo mismo hicieron muchos de los que habían acudido de tierra firme en favor de los grandes, volviéndose á sus casas.

Al día siguiente Nicostrato Diotrefis, capitán de los Atenenses, arribó al puerto de Corcira con doce barcos y quinientos hombres Mesenios que venian de Naupacto en socorro de los del pueblo; y para restablecer la paz y concordia les indujo á que fuesen amigos, y que tan sólo castigaran á diez de los que habían sido la causa de la sedición y alboroto, aunque éstos no esperaron la ejecución del juicio, sino que huyeron y se escaparon. En lo demás procuró que todos quedasen en la ciudad como antes, y que de común acuerdo aprobasen la alianza que tenían con los Atenenses, es decir, que fuesen amigos de sus amigos, y enemigos de sus enemigos.

Ajustado este convenio, los gobernadores de la ciudad trataron con Nicostrato, que les dejase allí cinco de sus barcos de guerra para impedir que los del bando contrario se rebelasen, y que en las otras naves embarcase todos los que ellos le señalasen de los contrarios, y los llevase consigo á fin de que no pudiesen organizar algún motín. Accedió Nicostrato; mas al hacer la lista de los que habian de ser embarcados, temiendo éstos ser llevados presos á Atenas, se acogieron al templo de Castor y Polux; y por más que Nicostrato les amonestaba que viniesen con él sin miedo, no les pudo persuadir. Los del pueblo fueron á sus casas, y les tomaron las armas que tenían, y aun hubieran muerto algunos de ellos que encontraban en las calles, si Nicostrato no se lo impidiera. Viendo esto los otros del mismo bando, se retiraron al templo de Juno, y serían hasta cuatrocientos, por lo que los del pueblo, sospechando que hiciesen alguna novedad, los aplacaron consiguiendo contentarlos con ir desterrados á una pequeña isla, que estaba frente

al templo, donde les proveían de víveres y demás cosas necesarias para vivir.

Cuatro ó cinco días después que aquellos ciudadanos fueron llevados á la citada isla, los navíos de los Peloponenses, que se habían quedando en Cilene, á la vuelta de Jonia, cuyo capitán era Alcidas, y Brasidas su compañero, que serian en número de cincuenta y tres, arribaron al puerto de Sibota, ciudad en la tierra firme, y al amanecer dirigieron el rumbo hacia Corcira. Sabido esto por los de Corcira se alarmaron, así por causa de sus discordias civiles como por la venida de los enemigos á tal tiempo. Por tanto, armaron setenta barcos, y unos tras otros los enviaron al encuentro cargados como estaban con su gente de guerra, aunque los Atenienses les rogaron que los dejaran ir delante y que tras ellos viniesen todos juntos. Navegando los Corcirenses sin orden ni concierto alguno, cuando comenzaron á acercarse á los Peloponenses, dos de sus barcos se vinieron á ellos, y los que estaban en los otros combatian entre sí muy desordenados. Viendo esto los Peloponenses, enviaron de pronto veinte barcos contra ellos, y todos los otros fueron á embestir contra los doce de los Atenienses, entre los cuales estaban los llamadas *Paralos* y *Salamina*. Las naves Corcirenses, por el mal orden en que iban, tropezaban unas con otras repartidas en muchas bandadas, de manera que ellas mismas se dispersaron. Pero los Atenienses, temiendo ser cercados por la multitud de barcos de los enemigos, no quisieron atacar el mayor escuadrón de los contrarios, sino que embistieron contra algunas naves y echaron una á fondo. Después se pusieron en caracol, cercando á los enemigos y procurando desconcertarlos y hacerles perder el orden. Viendo esto los veinte navíos de los Peloponenses, que habían salido contra los Corcirenses, y temiendo que les ocurriese lo que les había sucedido en la pasada batalla de Naupacto, acudieron en socorro de sus compañeros, y todos juntos fueron á dar contra los Atenienses, que se retiraron poco á poco. Los Corcirenses, por su parte,

viendo que los Peloponenses apretaban tanto á sus compañeros, no osaron esperar y se pusieron en huida. Después del combate quedaron allí hasta la noche los Peloponenses victoriosos. Entonces los Corcirenses, temiendo que los enemigos, siendo vencedores, les acometiesen en la ciudad, ó que se pasasen á ellos los ciudadanos que habían desterrado en la isleta, ó hiciesen alguna otra hazaña en perjuicio suyo, embarcaron aquellos ciudadanos llevándolos de nuevo á Corcira, y los metieron dentro del templo de Juno, poniendo en seguida guardas en la ciudad. Pero los Peloponenses, aunque vencedores, no osaron ir contra la ciudad, y con trescientos prisioneros que cogieron á los Corcirenses, se retiraron al puerto de donde habían partido. Tampoco al día siguiente se atrevieron á moverse, aunque la ciudad estaba muy temerosa y perturbada; y Brasidas, su capitán, era de opinión que fuesen á acometerla; empero, Alcidas que tenía el mando, fué de contrario parecer, y por ello desembarcaron en el cabo de Leucinnia, desde donde hicieron mucho daño en los términos de Corcira. Por entonces los Corcirenses, sospechando la llegada de los enemigos, parlamentaron con los que se habían retirado á los templos, y con los otros ciudadanos para convenir la manera de guardar la ciudad, y á algunos les persuadieron para que entrasen en las naves, que tenían en número de treinta; las mejores que pudieron reunir para resistir á los enemigos si llegaban.

Los Peloponenses, después de robar y arrasarse la tierra hasta la hora de mediodía, se reembarcaron y fueron á Leucinnia. A la noche siguiente les fué hecha señal con luces de que habían partido sesenta navíos de los Atenienses del puerto de Leucalia en busca de ellos (1), como era verdad, porque al saber los Atenienses las re-

(1) Lo que dice aquí Tucídides indica que los antiguos, por las diferentes combinaciones de luces y fuegos que empleaban como señales, expresaban la clase de peligro que les amenazaba y el número de los enemigos, siendo estos fuegos una especie de telégrafos.

vueltas que había en Corcira y la llegada de la escuadra de Alcidas, enviaron á Eurimedón, hijo de Tudeas, con sesenta navíos, hacia aquellas partes.

Alcidas y los Peloponenses se fueron costeando á su tierra con la mayor diligencia que podían, y para no ser sentidos si se engolfaban en alta mar, atravesaron por el Estrecho de Leucadia derechamente hacia la otra costa.

Los Corcirenses, al saber de cierto la partida de los Peloponenses y la llegada de los Atenenses, volvieron á meter en su ciudad á los que habían lanzado fuera, y mandaron partir las naves donde habían embarcado su gente de guerra hacia el puerto de Helaico; y navegando á lo largo de la costa, todos cuantos enemigos encontraron en su viaje los mataron. Después hicieron salir de los barcos á los ciudadanos que habían persuadido para que se embarcasen, y de allí se fueron al templo de Juno, persuadiendo á los que se habían acogido á él, que serían hasta cincuenta, á que vinieran á defender su causa ante la justicia: hicieronlo así, y todos fueron condenados á muerte. Sabido esto por los que no pudieron ser persuadidos de acudir al juicio y se habían quedado en el templo, se suicidaron unos ahorcándose de los árboles, otros se mataron entre sí, y otros por modos extraños de darse muerte; de manera que no escapó uno solo.

Además, por espacio de siete días, que Eurimedón estuvo allí con sus sesenta barcos, los Corcirenses mandaron matar á todos los de la ciudad que tenían por enemigos, so color de que habían querido destruir el pueblo. Algunos fueron muertos por causa de enemistades particulares; y otros, por el dinero que les debían, fueron muertos á manos de sus mismos deudores, realizándose en aquella ciudad todas las crueldades é inhumanidades que se acostumbra en semejantes casos, y mucho peores, como matar el padre al hijo; sacar los hombres de los templos para matarlos, y aun asesinarlos dentro de los mismos templos. Algunos murieron tapiados en el templo de Baco. Tan cruel fué aquella sedición.